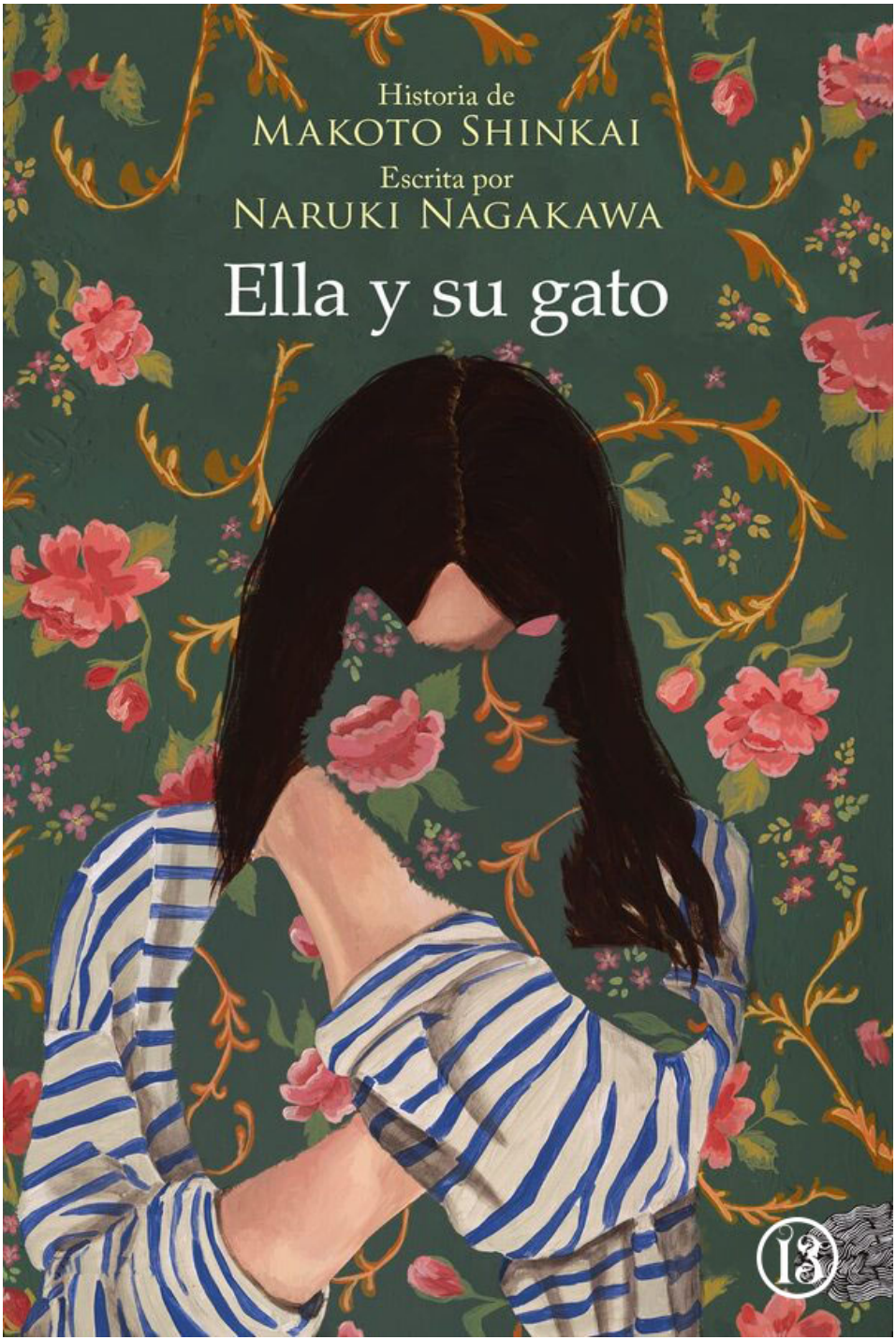
Historia de
MAKOTO SHINKAI
Escrita por
NARUKI NAGAKAWA

Ella y su gato



En un lluvioso día de primavera, Miyu, una chica que vive sola en la gran ciudad, encuentra un gato acurrucado en una caja de cartón y se lo lleva a casa. A ella se le da mal expresar lo que siente. Él observa de cerca sus torpezas y rutinas. Cada uno en su universo propio, ambos dan el salto al mundo exterior, donde encontrarán a otros con distintos problemas, unas veces grandes y otras, pequeños. Reina, una chica que no reúne el suficiente valor para presentarse a unas pruebas de acceso a la escuela de Bellas Artes, y Aoi otra joven que vive atormentada por la muerte de su mejor amiga… Mientras sus gatos las observan con cariño, entre todos nacerá un vínculo especial, lleno de emociones. Ella y su gato supone la novelización de una de las primeras obras del prestigioso director de animación Makoto Shinkai. Son cuatro historias engarzadas que giran en torno a gatos recogidos de la calle, repletas del encanto y la belleza del mundo de este gran cineasta contemporáneo.

Naruki Nagakawa

Ella y su gato

Título original: *Kanojo to kanojo no neko*
Naruki Nagakawa, 2013
Historia de Makoto Shinkai
Traducción: Gabriel Álvarez Martínez, 2021

-

Revisión: 1.0

02/04/2022

I.
Un mar de palabras

1

Sucedió un día lluvioso a comienzos de primavera.

La llovizna, blanda como la niebla, me empapaba. Estaba tendido a un lado de la acera. Los transeúntes tan solo me miraban de reojo y se alejaban apurando el paso. Al cabo de un rato ni siquiera era capaz de levantar la cabeza y contemplaba el cielo plomizo con un solo ojo.

A mi alrededor todo era calma, salvo por el ruido lejano del tren, que se parecía a un trueno. El traqueteo que producía al pasar por la vía elevada era intenso y acompasado.

Ese ruido me despertó un fuerte anhelo.

Si los tenues latidos de dentro de mi pecho bastaban para mantenerme en movimiento, qué es lo que no haría aquel sonido.

Con toda seguridad era el palpitar del mundo. Un mundo fuerte, grande, perfecto. Pero yo no lograba formar parte de él.

Las finas gotas caían al mismo ritmo, sin hacer ruido. Con la mejilla pegada al fondo de la caja de cartón, comencé a sufrir una alucinación en la que mi cuerpo levitaba lentamente.

Cada vez subía más alto, hacia el firmamento.

Pronto se oiría el sonido de un corte y en ese instante me separaría de este mundo.

Al principio la que me mantenía unido al mundo era mi madre.

Cálida, buena, me daba todo lo que deseaba.

Ahora ya no estaba.

No me acuerdo de cómo ocurrió, de cómo terminé calado por la lluvia dentro de una caja de cartón.

No podemos recordarlo todo. Solo retenemos lo verdaderamente importante. Pero no había ni una sola cosa de la que quisiera acordarme.

La lluvia blanda me empapaba.

Yo, vacío por dentro, ascendía lenta, muy lentamente hacia el cielo gris.

Entonces cerré los ojos y aguardé el momento decisivo en el que me separaría del mundo de una vez por todas.

Tuve la sensación de que el ruido del tren era cada vez más fuerte.

Al abrir los ojos, vi la cara de una humana. Me observaba desde arriba, con un gran paraguas de vinilo en la mano.

¿Cuánto rato llevaba allí?

La mujer me miraba agachada con el mentón apoyado sobre las rodillas. La larga melena le caía sobre la frente. Al chocar contra el paraguas, el ruido del tren sonaba con más fuerza que nunca.

Empapados, tanto su pelo como mi cuerpo se habían vuelto más pesados; la agradable fragancia de la lluvia lo inundaba todo.

Tras esforzarme en erguir el cuello, la miré a la cara con los ojos abiertos.

Sus pupilas temblaron. Durante un segundo apartó la mirada pero luego volvió a contemplarme fijamente, con decisión. Y así pasamos un rato, observándonos el uno al otro.

El eje de la Tierra rotaba en silencio mientras nuestra temperatura corporal, la suya y la mía, no paraba de enfriarse de manera callada en medio del mundo.

—¿Te vienes conmigo?

Las yemas de sus dedos, frías como el hielo, tocaron mi cuerpo. Me levantó con cuidado entre sus brazos. Vista desde arriba, sorprendía lo diminuta que era la caja de cartón. Ella me envolvió entre la chaqueta y el jersey. Costaba creer la calidez de su cuerpo.

Sentí sus latidos. Echó a andar en dirección al ruido del tren. Ella, yo y los latidos del mundo nos pusimos en movimiento a la vez.

Ese día ella me recogió. Por eso soy su gato.

En la sociedad las palabras lo son casi todo.

Me di cuenta al encontrar empleo e iniciarme en la vida adulta. «Haz tal cosa», «Dale tal recado a fulanito». El trabajo progresa única y exclusivamente gracias a esos intercambios equívocos de palabras que enseguida se esfuman. Aunque todos lo den por sentado, a mí me parece casi un milagro.

Me gusta comunicarme por medio de documentos porque tienen un formato fijo y perduran. La elevada estima que me tienen en mi actual trabajo se debe a que me ofrezco voluntaria para esa clase de tareas que aburren a todo el mundo.

Me siento más cómoda tratando con documentos que con la gente. No se me da bien hablar. Enseguida me quedo sin conversación. En cambio, todos mis amigos son parlanchines. Cuando charlo con Tamaki, una amiga de la diplomatura universitaria, siempre me parto de risa con sus constantes ocurrencias.

Tamaki sabe encontrarle diversos sentidos a aquellos paisajes que a mí no me dicen nada. Como si ella viese algo que pasa inadvertido a mis ojos. Me parece una chica increíble.

Me gustan las personas parlanchínas.

Mi novio se llama Nobu. Es un año menor que yo y habla por los codos: de la agencia de seguros en la que trabaja, de películas de ciencia ficción y de música electrónica. De antiguas guerras chinas. Me cuenta de todo un poco.

Gracias a él me he familiarizado con el sistema de seguros y con nombres de comandantes militares.

A Tamaki se le da bien expresar en palabras las cosas externas; a Nobu, sacar todo lo que acumula en su interior en forma de

palabras. Yo soy incapaz de hacer ninguna de las dos cosas.

Al llegar la primavera, me acuerdo de la primera vez que alquilé un piso. Sobre todo en días lluviosos como este.

Recorrí sola las inmobiliarias y, con el miedo en el cuerpo, firmé el contrato. Era la primera vez que abandonaba el nido. El día de la mudanza llovía como hoy y Tamaki vino a echarme una mano. Trajo consigo a un chico que iba al curso anterior al nuestro: Nobu.

Después de que los dos me ayudasen a desembalar cajas y a montar estanterías, nos fuimos a comer a un restaurante cercano que tenía un menú del día.

Dicha situación —que mi amiga y un chico me hubiesen ayudado a mudarme y fuésemos a comer juntos— me resultaba nueva y tan irreal, como si sucediese en una serie de la televisión, que no sabía muy bien cómo describirla, a lo que Tamaki replicó:

—Esto me recuerda a mis tiempos de estudiante.

Nobu se rio.

Yo también sonreí de manera forzada. Me di cuenta de que la gente normal ya hacía tiempo que había pasado por esa experiencia.

Al final, el hecho de vivir sola no cambió nada en mí.

Un tiempo después de haberme mudado, Nobu vino solo a casa.

El grifo de la lavadora estaba flojo y a menudo perdía agua en la unión con la manguera. Me quejé de esto a Tamaki y ella consiguió que viniese Nobu.

Me quedé desconcertada al verlo solo porque, ingenua de mí, creía que ella lo acompañaría. Nobu trajo consigo unas herramientas que había comprado en una ferretería y me arregló la fuga. Yo ni siquiera sabía cerrar la llave del agua.

«Con un hombre como este a mi lado seguramente sería feliz», pensé, expresando mis sentimientos con una facilidad que me sorprendió hasta a mí.

Nunca antes había conseguido sincerarme conmigo misma de tal modo.

Ese día, Nobu se quedó a dormir.

Comprendí que las palabras pueden cambiar el mundo y eso me asustó un poco.

A partir de entonces quedábamos en mi piso casi cada semana, pero de repente Nobu empezó a tener mucho trabajo y comenzamos a vernos menos.

Yo lo consideraba mi novio.

Quiero pensar que el sentimiento era mutuo, aunque él nunca expresase con palabras qué opinión tenía de mí.

En las revistas de manga *shojo* que leía una y otra vez durante la primaria, la historia siempre finalizaba con la protagonista echándose novio. Uno de los requisitos para ser feliz era tener novio. Luego me di cuenta de que, en realidad, la cosa no era tan sencilla.

A veces las personas se sentían mucho más solas con pareja que sin ella.

Ese era el primer día en tres meses que veía a Nobu. Por fin había podido quedar con él. Paseamos juntos bajo la lluvia primaveral. Él estuvo tan parlanchín y tierno como de costumbre.

Me encantaba dejarme mecer por sus palabras, flotar en ellas. Pero al quedarme sola me invadía la angustia. Como cuando una está nadando en el mar y de repente se da cuenta de que no hace pie.

«Somos novios, ¿verdad?».

Era incapaz de preguntárselo. Si su respuesta implicaba el fin de nuestra relación, me ahogaría.

Ese día, como si fuera un satélite, volví a dar rodeos en torno a lo que realmente quería preguntarle y me limité a asentir con gestos a sus palabras.

Parecía una niña pequeña. A lo mejor eso me pasaba por no haber zanjado el tema cuando estaba en primaria.

Al final, no me dijo lo que yo quería escuchar.

Nos despedimos cerca de su oficina: Me imaginé que tardaríamos en volver a vernos.

Al llegar a la estación, regresé por un camino distinto al de siempre. Di un pequeño rodeo porque tenía ganas de caminar bajo la fría lluvia de principios de primavera.

Ahí fue donde me topé con el gato.

2

Su piso olía a ella y era muy acogedor.

La primera mañana que pasamos juntos, me asombré por que nunca me había despertado en un lugar tan cálido. Ella ya se había levantado y había puesto el agua a hervir en el hornillo.

Yo me quedé observando el vapor que emanaba de la boquilla de la tetera y ella me saludó con un «Buenos días».

Abrió de golpe las cortinas. Las nubes, teñidas por el arrebol, estaban preciosas.

Su vivienda estaba en el segundo piso de un edificio situado en lo alto de una cuesta, con vistas a una vía que discurría por un paso elevado.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquel sonido era el del tren.

Al transmitirle la emoción, ella sonrió.

—Sí. Qué bien, ¿eh, Chobi?

«¿Chobi?».

—Tu nombre es Chobi.

Fue la primera vez que me llamó así.

Chobi. Me gustó. Era el nombre que ella me había dado. Creo que nunca olvidaré esa mañana.

Enseguida me enamoré de ella.

Era buena y muy guapa. Cuando se daba cuenta de que la estaba mirando, su expresión se fundía en una delicada sonrisa.

Antes siquiera de haber probado su comida, me preparaba la mía.

Un plato de leche, conservas, comida crujiente para gato.

Mientras yo lamía mi leche, ella se ponía en cuclillas a mi vera con una taza blanca de leche caliente entre las manos. Bebíamos lo mismo, el uno junto al otro.

Sus movimientos eran pausados, elegantes, y a su lado me sentía en paz.

Una vez terminaba la mitad de lo que me servía (el instinto me decía que reservara el resto por si acaso), me tumbaba a su lado y le enseñaba la barriga. Ella acariciaba con suavidad el pelo de mi vientre y yo, satisfecho, meneaba la cola.

Me gustaba subirme a su vientre en los momentos en que se tumbaba en el suelo. Solía estar leyendo algo cuando se ponía así y me acariciaba el lomo en silencio.

También me agradaba ver cómo lavaba la ropa. Cuando se desnudaba sus prendas olían a ella y, al colarme en medio, me quedaba extasiado.

Además me gustaba el momento en el que ponía la colada a secar. Salíamos juntos al balcón y, mientras ella tendía la ropa, los dos contemplábamos el ancho firmamento azul, la gente que pasaba por la acera, los coches.

En mi lecho había un jersey suyo sobre el que yo dormía. El suéter blanco que llevaba puesto cuando nos conocimos.

Los primeros días después de llegar a su piso, me desperté varias veces llorando en plena noche por culpa de pesadillas que ya no recuerdo. Entonces ella venía a mi lado y me acariciaba.

Era tan cálida y tan buena…

Ella se hacía su propia comida.

Me encantaba verla preparar sopa de miso porque me daba *niboshi*. Y también me gustaba cuando comía tofu frío porque me echaba *katsuobushi*[1] encima de la lata de conserva.

Mientras cocinaba, tarareaba canciones. A mí me chiflaba su voz.

—Chobi.

Así era como me llamaba siempre. Ese nombre me unía a ella y ella me conectaba con el mundo.

Cada mañana me levanto a la misma hora, preparo el desayuno siguiendo los mismos pasos, veo siempre el mismo programa y me voy a trabajar siguiendo el mismo horario.

Cuando empecé a vivir sola, estaba feliz por poder llevar una vida pautada. Me tranquilizaba saber que tenía algo bajo control.

La llegada de Chobi apenas cambió mi día a día. En la época en la que cuidaba del perro en casa de mis padres, tenía que llevarlo a pasear lloviera o nevase, pero los gatos son animales que apenas dan trabajo.

Ese día volví a abrir los ojos unos instantes antes de que sonara el despertador y lo apagué. Sentí la presencia de Chobi en la habitación. Luego cogí el termómetro de la mesilla y me tomé la temperatura. Había cogido esa costumbre desde que empecé a salir con Nobu. Al haberme habituado, era incapaz de dejarlo; me daría la impresión de que el registro que había llevado hasta entones habría sido en vano.

Preparé el desayuno bajo la luz del sol que se colaba por el ventanal. Hice bastante cantidad de bolitas de arroz. Guardé las que sobraron para el almuerzo.

Me tomé la leche con Chobi, luego me quité el pijama y me cambié para ir al trabajo. Al verle pelearse con mi pijama, me olvidaba del tiempo.

Me gustaba observarla de perfil mientras se maquillaba delante del espejo. Desplegaba los pequeños utensilios con habilidad y los usaba siguiendo una pauta. Ella todo lo hacía ordenadamente.

Devolvía lo que había usado a su sitio y, cuando por último se echaba perfume, la fragancia se expandía por toda la habitación.

Su perfume olía a hierba empapada de lluvia.

El parte de la televisión informaba del tiempo para ese día.

Todas las mañanas salía de casa justo acabado el programa.

Me encantaba su aspecto cuando dejaba el piso para irse a trabajar.

Llevaba la melena recogida, vestía una chaqueta del mismo color que su pelo y calzaba unos zapatos de tacón alto.

Yo la miraba desde el recibidor.

—Nos vemos después —decía ella, ponía la espalda recta y abría la pesada puerta metálica.

La luz de la mañana se colaba entonces por el umbral y yo entornaba los ojos.

Que tengas un buen día.

Ella salía a la luz y sus zapatos repiqueteaban con un delicioso sonido.

Todavía con la sensación del tacto de su mano en mi cabeza, escuchaba cómo sus pasos se alejaban por la escalera exterior hacia abajo.

Una vez la perdía de vista, me subía a una silla y contemplaba a través del balcón cómo el tren cruzaba el paso elevado. Tal vez ella estuviera dentro.

Tras deleitarme observando el tren, me bajaba de la silla de un salto.

El olor de su perfume aún permanecía en la habitación. Entonces volvía a quedarme dormido envuelto por su aroma.

Mientras el abarrotado vagón se sacudía, yo iba pensando en Chobi.

Cuando duerme o se queda absorto en algo, no me hace caso por mucho que lo llame; en cambio, cuando quiere mi atención, de pronto rueda por el suelo y me enseña la barriga.

Si paso a su lado haciéndome la sueca, él echa a correr y vuelve a rodar delante de mí y a mostrarme la barriga. Se me cae la baba.

Sin querer, se me dibujó una sonrisa en la cara, pero enseguida volví a ponerme seria. Mis compañeros de trabajo y mis alumnos también cogían ese tren. Me daba vergüenza que pudiesen verme con esa cara de boba.

Era fantástico tener a alguien esperándome en casa.

Mi vista se fijó entonces en el anuncio de una agencia matrimonial pegado a la puerta del tren.

Puede que la alegría de casarse sea similar a la dicha que produce tener un gato.

Entre mis colegas de universidad había una chica que ya se había casado. Tan pronto se diplomó, pasó por el altar con el chico con el que salía desde su época de estudiante. En las postales que mandaba a su familia por Año Nuevo, aparecían su marido y ella sosteniendo a un bebé. Intenté imaginarme a mí y a Nobu en la misma situación, pero me pareció tan irreal que no pude evitar sonreír con amargura.

Si no era capaz de preguntarle si estábamos saliendo juntos, ¿cómo iba a pedirle que se casara conmigo? ¿O es que acaso lo haría si yo me quedase embarazada?

Pero, para empezar, ¿quería yo casarme?

Me imaginé entrada en años, viviendo sola en un piso lleno de gatos.

Sonó un aviso en el vagón: estábamos llegando a la estación de enlace.

Estiré la cerviz y me bajé del tren.

Yo trabajaba en una escuela de formación profesional especializada en Bellas Artes y Diseño. Al llegar a mi puesto, me senté delante del escritorio. Entre nuestras tareas estaba lidiar con documentación y copiosos materiales. Los papeles sobresalían del

escritorio de mi colega hasta el punto de que habían tirado mi lapicero. No me atreví a decirle nada por miedo a que pensase que era una quisquillosa. «De hecho, estos escritorios son poco espaciosos», intenté justificarlo mientras encendía el ordenador.

Al despertarme, solté un gran bostezo, me estiré y decidí salir a pasear.

Pasé por un agujero que habían abierto en la pared para instalar una estufa o algo por el estilo y salí al balcón. Ella le había puesto una gatera para cuando yo quisiera salir.

—Puede que, cuando crezcas, no quepas. Ya se me ocurrirá algo entonces —me había dicho ella, pero yo era capaz de colarme por sitios más angostos de lo que ella creía, así que de momento no había problema.

Ese día hacía buen tiempo. Corría una agradable brisa. Observé por las rendijas de la barandilla el flujo de coches y personas que pasaba por la carretera y por el tren. Tras cerciorarme de que el mundo estaba en movimiento, crucé por el balcón vecino y luego por el siguiente y bajé por las escaleras exteriores.

Fuera había una mezcolanza de aromas: olor a tierra, olor a otros animales que viaja en el viento, olor a cocina y olor a gases de tubo de escape y a vertedero.

Al pisar el suelo, alcé la cabeza y miré el piso de ella. Una vivienda de dos plantas encajonada entre edificios altos. Aunque todas las ventanas tuvieran la misma forma, su piso era el único que me resultaba diferente.

Di una vuelta alrededor del edificio. Cada gato tiene su territorio propio. La zona en torno a su casa era el mío. Fui por ahí olisqueando, comprobando si se habían acercado otros gatos y dejando mi olor.

Para ser sincero, no soy alguien a quien le preocupe demasiado su territorio, pero he de hacerlo porque me lo dicta el instinto.

Mi ronda matutina siempre se terminaba ahí. Pero ya me había acostumbrado a la zona y me planteé ampliar un poco el terreno.

Decidí expandirme hacia el otro lado del puente elevado, cuesta arriba. De allí no me venía ningún olor a otros gatos.

Un territorio había de ser amplio. Era algo que sabía por instinto. Pero no quería tener problemas con otros gatos.

Procuraba meterme por lugares altos o angostos para que no me atropellaran y evitar que otros humanos se inmiscuyesen en mis asuntos. Por encima de muros o por debajo de arbustos.

Al cabo de un rato fui a parar a una casa con un jardín exuberante.

Enseguida entendí por qué en aquella zona no vivían más gatos: había un perro grande.

A primera vista se notaba que era viejo, tenía las orejas largas y un pelaje blanco con manchas negras.

Por norma, los perros no suelen recibirnos bien. Sin embargo, cuando me disponía a escabullirme, fue precisamente él el que se dirigió a mí:

—¡Cuánto tiempo, Shiro!

Su voz era tan mansa que parpadeé. No parecía altivo, como es costumbre en los perros de su tamaño.

—Buenos días —lo saludé con miedo.

—Sigues tan guapa como siempre.

¿Guapa? Parecía que los perros no sabían distinguir si los gatos éramos macho o hembra.

—Oiga, que soy macho —respondí un poco molesto. Cosa que, naturalmente, hice tras haberme asegurado de que el perro estaba atado con correa.

—Ah, bueno —dijo antes de continuar como si no me hubiera ofendido—: Entonces eres un hermoso macho —añadió sin estar realmente convencido de ello.

—Gracias —respondí por educación. ¡Vaya perro más raro! Desde luego, atrajo mi curiosidad—. No soy Shiro, me llamo

Chobi.

Al perro se le abrieron los ojos.

—Así que Chobi, ¿eh? No eres Shiro. Perdona por la confusión. Antes esta zona formaba parte del territorio de Shiro.

Al oírlo, me llevé un chasco. Me fastidió saber que se me habían adelantado.

—Pero aquí no hay gatos. O no los huelo.

—Eso es cierto. Protejo la zona para que ninguno se acerque.

Me extrañó lo que dijo.

—Es la primera vez que oigo que un perro protege el territorio de un gato.

—Se lo prometí a Shiro.

—Pero ¿adónde ha ido entonces esa tal Shiro?

—Hace tiempo que no la veo. Pero la última vez tenía la barriga muy hinchada.

«Ah». Eso me dio una pista.

Una gata blanca idéntica a mí…

—En ese caso seguramente era mi madre —dije arrastrando las palabras.

Había un único motivo detrás de que yo me hubiera quedado solo y de que en lo alto de la cuesta no oliera a gato: Shiro ya no estaba.

El perro tomó aire y dijo:

—John.

—¿John?

—Así me llamo yo. Voy a contarte algo importante porque creo que es mejor que lo sepas —dijo John cambiando de tono.

—De acuerdo, John.

—Chobi. ¿Shiro te ha dado muchos mimos?

—No me acuerdo. Pero ojalá que sí.

—Ya… —John hizo una pausa—. Shiro y yo éramos una especie de novios —soltó, cambiando bruscamente de tema.

—¿Novios? —pregunté yo.

—Todas las hembras a las que considero atractivas son mis novias.

—Ah.

—Shiro tenía un pelo blanco tan bonito como el tuyo —dijo John con voz embelesada.

—Gracias.

Si mi pelaje era bonito era porque ella, la humana, me lo cuidaba.

—Cuando estabas a punto de nacer, Shiro se preocupaba por ti y por tus hermanos.

Al oír eso, sentí calorcito en el pecho.

—Por lo tanto, Chobi, de ahora en adelante tienes que encargarte de proteger este territorio.

—¿En serio? ¿Yo?

—Estoy seguro de que Shiro también se alegraría. Eres la prueba de que ella ha existido.

—Gracias, John.

—Lo hago por mi hermosa novia. —John abrió el hocico con un gran bostezo—. Ven a verme siempre que quieras.

Parecía que la charla se había terminado. John se echó a dormir recostando la cabeza sobre las patas delanteras.

Mientras bajaba la cuesta a pasitos, pensé en lo insólito que era todo aquello.

Aquel día, cuando estaba a punto de separarme de este mundo, ella me salva y consigo sobrevivir. Luego se me antoja dar un paseo, me encuentro por casualidad con John… Lo escucho hablar de mi madre y, acto seguido, heredo su territorio.

Pese a haber estado muy cerca de separarme para siempre del mundo, de pronto sentía que me acoplaba de nuevo a él.

Había regresado al mundo.

Pausa de mediodía. Tras tomarme el almuerzo en mi escritorio,

fui a una pequeña cafetería cerca del trabajo. Allí podía relajarme a gusto porque era un poco cara y los alumnos no se acercaban a ella.

Después de pedir un café, me di cuenta de que aún no le había hablado de Chobi a Nobu.

Era muy raro que yo lo llamase por teléfono, porque él siempre estaba ocupado. Pero ese no era el único motivo. Me daba miedo que la conversación no fluyera, meter la pata y que él se molestase.

Sin embargo, tenía la impresión de que podría hablar de Chobi todo el día.

¿Le gustarían a Nobu los gatos o los detestaría?

Otra cosa más que desconocía de él. Con todas las cosas sobre las que lo había escuchado hablar, nunca había tocado ese tema.

Telefoneé a Nobu desde el historial del móvil. La última fecha era bastante antigua. Y eso que antes solía llamarme varias veces al día. Después de varios tonos, saltó el contestador.

—«En estos momentos no puedo atender su llamada. Si lo desea…».

De repente me vine abajo. Colgué sin haber dejado ningún mensaje.

«Uf», suspiré, y me hundí más en el sofá de la cafetería.

El móvil vibró y, al mirar deprisa la pantalla, era un mensaje de Tamaki.

«¡Voy a verte por la Golden Week!»[2]. El texto estaba plagado de *emojis* y rezumaba euforia.

Ese tono perentorio también era típico de ella. Iba a ponerle «Aquí te espero», pero me pareció soso, así que le mandé el mensaje acompañado de una foto de Chobi.

El camarero me trajo el café. Después de darle un sorbo, decidí enviarle un mensaje a Nobu. Él apenas me escribía. Si tenía algo que decir, prefería llamar.

«He recogido un gato. Se llama Chobi».

Tras discurrir un rato, al final me salió un mensaje plano, sin artificio. También le adjunté una foto de Chobi. Pensé en enviarle una mía, pero desistí de hacerlo.

En todas las imágenes Chobi salía enseñando la barriga.

Ella siempre volvía a la misma hora.

Al oír el sonido de los tacones contra el cemento de las escaleras exteriores, corrí a la entrada y la esperé allí. Unos instantes después, la pesada puerta se abrió y apareció ella.

—Hola —maullé.

—¿Qué tal?

Al tiempo que se descalzaba, me acarició la cabeza. A veces incluso me cogía y me ponía en el regazo. Al volver del exterior, traía consigo distintos olores.

Olor a otras personas, a tierra de lugares en los que yo nunca había estado. Olor a un aire que me era desconocido. Olfateé gustosamente los diversos aromas y froté la nuca contra su tobillo. Mi olor se había diluido y yo quería impregnarla con más.

Ese día tenía muchas cosas que contarle: el encuentro con John, lo del territorio de mi madre, los nuevos olores que percibía en ella.

Mientras me escuchaba, se fue a la cocina y me abrió una conserva para cenar.

Cuando estaba contándole lo de mi madre con el hocico lleno, sonó su móvil.

Tal vez fuese Nobu.

Apagué el fuego y, tras devolver los palillos de cocinar a su sitio, cogí el móvil. Por desgracia, en la pantalla aparecía el nombre de mi madre.

—¿Sí?

Chobi se afilaba ruidosamente las garras con un rascador de

cartón. Estaba malhumorado, como si el teléfono lo hubiese asustado.

—¡Uy, Miyu! ¡Te noto baja!

Mi madre debió de captar mi decepción al ver que no se trataba de Nobu.

—Qué va.

—¡Ah, te has llevado un chasco porque pensabas que era tu novio y en realidad soy yo!

Fue tan directa que no supe qué contestarle.

Al quedarme callada, volvió a tomar la palabra.

—Oye, ¿desde cuándo tienes novio? Deberías presentárselo a tu madre. ¿Qué? ¿Es un buen chico?

—No es por eso.

—Bueno, da igual. ¿Qué vas a hacer por la Golden Week?

—Lo siento, pero tengo visita.

—¡Ah, tu novio!

—¡No, una amiga! Tamaki, de la época de la diplomatura.

—Ah, sí, Tama. ¡Ja, ja, ja! A mí no me importa, pero tu padre va a extrañarte. Visítanos de vez en cuando, por favor.

—Ya.

—¿Tienes suficiente arroz?

—Sí.

—¡Vaya! Pues te he mandado más.

Ojalá me lo hubiese preguntado antes de enviarlo…

—¿Necesitas algo?

—No.

—Ah, bueno. Entonces adiós.

Mi madre colgó el teléfono. Como de costumbre, no escuchaba a los demás. Me asombré de que alguien como yo hubiese podido nacer de ella. Con todo, me sentí un tanto renovada. Tuve la sensación de que mi madre había compartido un poco de su energía conmigo.

Aprovechándolo, le envié a Nobu un breve correo.

«¿Qué planes tienes para la gw?».

La respuesta me llegó mientras hervía el *udon*[3].

«Lo siento. Tengo trabajo».

Tan solo cuatro palabras. De las fotos de Chobi no comentó nada.

Se me escapó un suspiro.

Como no había bajado ni apagado el fuego, el *udon* estaba un poco pasado, pero lo condimenté con medio sobrecillo de *katsuobushi* y la otra mitad se la eché a la comida para gatos que había en el plato de Chobi.

Se puso muy contento al notar el olor. Ese día iba a darse un festín.

Mientras ordenaba las fotografías del móvil, me apareció una que me había hecho con Nobu. Salíamos con una mascota del parque temático más famoso de Japón.

Me quedé mirándola y me puse triste.

Chobi se subió a mi regazo y asomó la cabeza entre la mesa y yo.

—Esta soy yo.

Mi expresión en la foto daba un poco la impresión de que me encontraba fuera de lugar.

—Y este de aquí es mi novio.

Delante de Chobi decidí afirmarlo de manera rotunda. Él se quedó asombrado, mirando fijamente la foto.

Esa noche me desperté a la hora de la ronda nocturna. Ella seguía levantada y manejaba el móvil bajo una lucecita. No era habitual que estuviera despierta a esas horas. Se había puesto el pijama, así que debía de haberse dado un baño.

Eché un vistazo por el piso con cuidado de no molestarla y, al comprobar que no había novedad, bebí un poco del agua de mi plato y, tras apurar los restos de la cena, me subí a su regazo.

—Mejor no —susurró ella, y borró las letras que había escrito en

el móvil.

Cuando levantó la cara, me encontré la misma sonrisa un tanto tensa de la foto que me había enseñado durante la cena.

«Ojalá pudiera aprender a leer», pensé mientras me colaba en el lecho sobre el que estaba tendido su jersey y me quedaba dormido.

3

Tamaki vino de visita por la Golden Week.

Me había propuesto que nos fuésemos de viaje, pero como yo tenía al gato en casa, decidí pedirle que se quedara en mi piso.

Cociné y brindamos con unas latas de cerveza. Luego charlamos de un montón de cosas triviales mientras veíamos los DVD que ella había traído.

Chobi se acostumbró rápido a Tamaki y dejó que le acariciara la barriga.

—Es un poco casquivano, ¿no? —dijo ella riéndose—. Está claro que no hay nada como los amigos… —contesté yo.

—¡Ya, hombres…!

De pronto, Tamaki empezó a avinagrarse. El chico que le gustaba era bastante papanatas y no se daba cuenta de los sentimientos de ella.

Pensándolo bien, aún no le había contado lo de Nobu. Mi intención era decírselo cuando quedase del todo claro que estábamos oficialmente juntos, pero como no se había confirmado, había ido posponiéndolo y… al final todavía no se lo había dicho.

Tamaki se quedó a dormir solo una noche, pero lo que me reí con ella valía por todo un mes. Gracias a ello, la desazón que sentía de un tiempo a esa parte se disipó y me animé un poco.

En la escuela había una chica que pintaba asombrosamente bien.

Según un profesor veterano, todos los años se matriculaban una

o dos personas con un talento más que evidente. Aquella chica se llamaba Reina y pintaba elementos de la naturaleza con colores que no existían en la realidad. Para mí era un gozo recibir los ejercicios que le ponía.

Sin embargo, aunque entregara los deberes, no tenía buena fama entre el profesorado ni tampoco entre el resto de sus compañeros. Y es que su actitud en clase no era la mejor posible.

—Oye, Miyu, ¿tienes novio?

Reina me hablaba como si fuese su amiga. Según mis colegas, aquello era la prueba de que me había cogido confianza.

—Sin comentarios.

Yo llevaba el tiempo suficiente en mi trabajo como para no titubear por un comentario así de un estudiante.

—Creo que le gustas a Masato. El retrato de su última entrega era idéntico a ti.

Reina mencionó el nombre de uno de sus compañeros de clase. «Para ciertas cosas, es como una cría», pensé.

—No me marees y entrégame rápido el ejercicio.

—Vaaale.

El dibujo que me entregó era extraordinario, como siempre.

Una vez Reina regresó al aula, me picó la curiosidad y le eché un vistazo a lo que había dibujado Masato. En realidad se parecía más a ella que a mí.

Kamada, un profesor veterano, cogió el ejercicio de Reina.

—Conservar un talento es más difícil que desarrollarlo. Lo dice Kenji Miyazawa en un poema: «Ningún talento, poder o material perdura en los humanos»[4]…

Kamada miró al infinito.

—Ni siquiera las personas perduran en la vida de los demás. Eso es así —añadió.

Sentí sus palabras como un mazazo.

Llegó el verano e hice una amiga.

Una gatita llamada Mimi.

Me la encontré de paseo, dando una vuelta por mi territorio. Me dio pena echarla porque era raro toparme con gatos más pequeños que yo, así que decidí dejarla en paz. Al cabo de un rato acabaría, con toda seguridad, marchándose a otra parte.

Pero a partir del día siguiente Mimi comenzó a acompañarme en mis paseos. Yo iba de sombra en sombra para evitar los intensos rayos del sol estival y, de pronto, ahí estaba Mimi, pegada a mí como una lapa.

No le dije nada porque me daba pereza tratar con ella.

Cerca de la casa de John, me llevé un pequeño susto cuando las cigarras posadas en los árboles comenzaron a cantar a coro.

—Oye, ¿a que no sabes qué son esas voces? —me preguntó Mimi.

—Solo son unos insectos cantando —le contesté.

—Mal —dijo Mimi toda contenta.

—¿Qué son entonces?

—Verás… Están invocando la lluvia —me dijo ella como si me revelara un secreto.

—Mentirosa.

—Vamos a comprobarlo entonces.

Me puse a su lado y esperé a que lloviera…

Al cabo de un rato, empezaron a caer gotas.

—He ganado. Ahora tienes que hacer lo que te diga.

—No recuerdo que hayamos dicho nada de ganar o perder…

—Da igual. He ganado, así que mañana volveremos a vernos.

Mimi se frotó contra mí. Yo di un brinco y me separé de ella.

—Va-vale.

—Queda prometido.

Al día siguiente paseé con ella, las cigarras cantaron y llovió de nuevo.

Todo ello no tiene nada de especial. Los aguaceros son habituales en verano. Y un día después, Mimi estaba esperando a que yo saliera a pasear.

Se le daba muy bien hacerse la caprichosa.

Un día, me llevó a un viejo edificio de viviendas construido con madera. Me puse nervioso al pasar junto a los territorios de otros gatos, pero ella se comportaba como si nada.

Una humana joven abrió una contraventana un poco torcida y se asomó. Tenía el pelo corto e iba sin sombra de maquillaje. No era de las que suelen caerme bien.

—¿Otra vez por aquí?

La humana se acercó. Yo me escondí a toda prisa debajo de un coche que estaba aparcado por allí; Mimi ni se inmutó.

—Te presento a Reina.

La chica dijo «Espera un momento» y trajo algo del interior. Venía en una lata, pero olía de manera completamente distinta a lo que yo solía comer.

—Tomad. Compartidlo.

Mimi me cedió una parte y yo comí con timidez de la lata. Nunca otro humano que no fuera «ella» me había alimentado. La conserva era aceitosa y sabía a pollo o pescado; no se parecía a nada que hubiese probado antes.

En el camino de vuelta pasamos junto a una gran torre metálica y descubrimos que unos pájaros habían anidado en ella.

—Cázamelos, por favor —me dijo Mimi con la vista clavada en las aves.

—¿Para qué?

Teníamos la barriga llena.

—Porque quiero que los caces.

Mimi agitaba la cola con fuerza. Tenía unas ganas tremendas.

—Está demasiado alto.

—¡Egoísta!

Mimi era una cría. Decidí ignorar su provocación.

—¡Me da igual! —le contesté, y ella se marchó.

Me quedó claro que prefería a las humanas adultas.

Otro día, durante un paseo, nos paramos a tomar el fresco sobre el cemento a la sombra y, de pronto, Mimi se puso zalamera. Solía hacer lo mismo en cualquier parte.

—Oye, Chobi.

—¿Qué, Mimi?

Mimi se me subió encima. Yo estaba tumbado.

—Cásate conmigo.

—Mira, Mimi, ya te lo he dicho: tengo una novia mayor.

—Mentira.

—Verdad —le contesté debajo de ella.

—Quiero conocerla.

—No.

Porque yo era su gato.

—¿Por qué?

—Mira, Mimi, te lo he dicho muchas veces… Creo que deberíamos hablar de estas cosas cuando seas mayor, no ahora.

Todavía era una cría.

—Egoísta.

Mimi sacudió la cola enfadada.

—Tú también tienes una dueña, ¿verdad? Pues es algo parecido.

—Reina no es mi dueña. Solo me da de comer.

—Entonces, ¿qué clase de relación tenéis?

—No lo sé.

Seguimos parloteando.

En la otra punta del despejado cielo azul se había formado un gran cumulonimbo blanco.

Ese día el canto de las cigarras resonaba por todo lo alto. Mimi se humedeció la pata delantera y se acicaló la cara. Últimamente éramos capaces de intuir en qué momento iba a ponerse a llover.

—Tengo que volver a casa antes de que empiece a llover.

—No dejes de venir a verme —dijo Mimi muy triste.

—Pues claro.

—Pero de verdad, ¿eh? Ven, por favor. ¡Por favor, por favor, ven!

Como nuestra conversación se eternizó al repetirse en bucle, para cuando emprendí el camino de vuelta ya habían comenzado a caer las gotas.

Mimi me siguió con la mirada triste y, al cabo, se marchó a algún lado. Quizá al edificio de madera.

Unos nubarrones bajos fueron cubriendo el cielo, que estaba despejado hasta hacía un rato.

Con la lluvia persiguiéndome, deseé por un momento que a mi novia se le diera tan bien hacerse la caprichosa como a Mimi.

Este verano, durante las vacaciones, perdí a mi mejor amiga.

Aunque tenía un presentimiento… o eso creo. Todo pasó por reprimir una inquietud y las palabras que debía haber dicho. Yo misma me lo busqué.

Sencillamente me daba miedo comprobar si era cierto.

Ese día de verano, Chobi se había estado comportando de forma rara desde la mañana. Tal vez le había contagiado mi estado de ánimo. El gato no paraba de dar vueltas por el piso sin ningún sentido.

Tamaki vino a casa. Me lo había prometido antes de las vacaciones. Como siempre, charlamos de trivialidades y, en el instante en que nos quedamos sin nada que decir, de pronto me soltó:

—Pues a mí me gustaba él.

Tragué saliva: debía haberme asegurado desde el principio.

—Lo notaste, ¿verdad? Es imposible que no te hayas dado cuenta.

Tamaki nunca me había contado que le gustase Nobu.

Me entraron ganas de reprochárselo («¿Cómo querías que lo supiese si no me lo habías dicho?») y al mismo tiempo a echármelo en cara a mí misma («¿Cómo no te diste cuenta de algo que se palpaba en el ambiente?»).

Otra vez igual. Seguía flotando a la deriva en un mar de palabras sin entender lo que cualquier persona normal deduciría, sin comprender el sentido oculto de esas palabras.

Si hubiese sabido que a Tamaki le gustaba Nobu, todo esto no habría sucedido.

Quería explicárselo, pero no sabía cómo expresarlo.

—Da igual, lo mío con Nobu ya no funciona —me limité a decirle.

Tamaki me miró con rabia en los ojos. Era la primera vez que la veía así.

Al quedarme callada, Chobi dejó de enseñarme la barriga y me miró con preocupación. Noté el frío tacto de sus almohadillas en mi brazo.

Tamaki recogió las cosas que me había prestado y se marchó del piso. Entre sus pertenencias estaba un gran robot de cocina que me había dejado, pero que yo no había usado ni una sola vez. Lo trajo en su día diciéndome que le había tocado en un bingo de una boda a la que había asistido.

Al verla salir de mi piso con aquella gran caja en los brazos, me di cuenta de que había perdido a mi mejor amiga.

Lo fui llamando a diario y contestó al cabo de tres días.

—¿Estamos saliendo juntos?

Por fin me atreví a decírselo. Me salió con la voz ronca, supongo que por los nervios, pero por fin solté lo que tanto había querido preguntarle. Decir algo tan sencillo me había llevado muchísimo tiempo.

—¿No estábamos saliendo juntos? —Me devolvió la pregunta Nobu.

«Qué astuto», pensé por primera vez de él.

—Ya no puedo seguir contigo —le anuncié.

—¿Has encontrado a otro? —me dijo Nobu con el mismo tono de siempre.

—No, no es eso.

—Pues entonces…

Nobu comenzó a hablarme con esa actitud tranquila y amable habitual en él. A esas alturas, me costaba un poco dar crédito a cualquier cosa que dijese. Aquel mar de palabras, tan vasto en apariencia, no era gran cosa.

—Todo eso que me estás contando ya no me interesa.

Las palabras me salieron antes siquiera de haberlas pensado y luego me di cuenta de lo que significaban. Acto seguido, siguieron brotando una tras otra. Como para llenar el vacío que había habido hasta entonces.

En realidad puede que sí fuese consciente de lo que sentía Tamaki. Quería fingir que no me había dado cuenta.

Por eso no era capaz de preguntarle a Nobu si éramos novios o no. Una vez se confirmase, estaría traicionando a mi amiga.

Yo lo había pasado mal. Pero ¿se sentía él cómodo con esa relación?

—No sabía que pudieras hablar tanto.

Esas fueron sus últimas palabras.

Así fue como perdí a mi mejor amiga y a mi novio.

Ya era plena noche. Se oía la lluvia golpear el cemento.

Después de una larga, muy larga llamada, ella rompió a llorar.

Yo no sabía por qué. Nunca antes la había visto así.

Pero estuvo llorando mucho tiempo con la cara hundida entre las rodillas.

Pensé que la culpa no era suya.

Yo era el único que la veía en todo momento.

Sabía que era más buena y bella que nadie, que vivía con más empeño que nadie.

—Eh, Chobi —dijo sin secarse las lágrimas.

Estaba agachada junto a una silla tirada en el suelo y en el móvil que sujetaba en la mano se oía el ruido monótono que se produce al cortar una llamada.

—Estás ahí, ¿verdad, Chobi?

En el instante en que su mano me acarició, mi cuerpo notó el intenso dolor de su tristeza.

La luz fría de la farola que se colaba por la cortina nos iluminó.

Se oyó su voz.

—Por favor, por favor.

Entonces supe que su relación con alguien a quien amaba se había terminado.

—Que alguien me ayude.

No paraba de llorar.

El mundo que nos había arrojado a aquellas tinieblas infinitas seguía dando vueltas.

Poco después se acabó el verano.

Aparecieron entonces unas cigarras que cantaban de un modo muy curioso: *kana, kana, kana, kana, kana*[5]. Mimi y yo intentábamos imitarlas sin éxito.

Lo nuestro sonaba a algo así como *mia, mia, mia, mia o hia, hia, hia, hia*.

Ella había perdido el ánimo desde el día de la llamada y se cortó de golpe la melena.

Estaba muy guapa con el pelo corto, teñido de un tono vivo.

Ojalá su rostro se volviera igual de vivo.

De día, aprovechando que ella no estaba, iba a visitar a John.

Habíamos trabado amistad y recurría a él para informarme de todo un poco.

John sabía muchas cosas que yo desconocía, así que escucharlo era enriquecedor.

Al principio pensaba que él no prestaba ninguna atención a lo que yo le decía, pero una vez supe que era duro de oído, comenzamos a llevarnos muy bien.

—¡Hola, John! Vengo a verte.

—¡Qué hay, Chobi! Estás tan guapo como siempre.

John estaba tumbado con las patas delanteras cruzadas y la cabeza apoyada encima, como de costumbre y en la misma caseta de siempre. Parecía un objeto decorativo.

—¿Te acuerdas de lo que te conté de ella? Pues me gustaría llenar el vacío que hay en su corazón.

—Chobi, ya te lo dije la última vez: eso es prácticamente imposible. —John puso un gesto triste—. ¿No ves que ni tú ni ella os acordáis?

—¿De qué tenemos que acordarnos?

—Yo me acuerdo del instante en que se originó la vida. Por eso no me siento solo.

—¿«El-instante-en-el-que-se-originó-la-vida»?

—Claro… ¿Por qué crees que existen machos y hembras? ¿Alguna vez te has parado a pensarlo, Chobi?

La existencia de machos y hembras me parecía tan obvia que nunca me lo había planteado. Al confesárselo, John suspiró perplejo.

—Antes de que se empezara a distinguir entre machos y hembras no existía la tristeza. Eran tiempos felices.

—Entonces, ¿es imposible ser feliz en la actualidad?

—No, no lo es. —John comenzó a contarme algo con un gesto de fascinación—: La vida se separó en dos sexos para sobrevivir.

—¿Para sobrevivir?

—Esa división sexual permitió que la vida fuera más fuerte que antes.

—Pues no da esa impresión.

Me vino a la mente la imagen de ella llorando. No veía esa fuerza por ninguna parte.

—Se podría decir que es la fuerza de amar o de necesitar al prójimo. Esta potencia, cuyo precio fue conocer la tristeza, ha fortalecido la semilla de la vida.

No comprendí del todo qué quería decir John, pero me alegré de que la tristeza y la soledad de mi dueña no fuesen en vano.

—Yo me acuerdo de esa época feliz en la que no existía la tristeza, cuando todo era una sola cosa. Nuestro universo era sencillo primero y, poco a poco, se fue volviendo más complejo hasta dar lugar al mundo actual. ¿Sabes qué? Al principio estaba formado tan solo por unos cuantos elementos químicos. A lo largo de un periodo dilatadísimo, los astros nacieron y se murieron y, en una de las estrellas condensadas, se crearon diversos elementos. Las partículas constituidas entonces siguen fluyendo en nuestra sangre. Y en los genes de las células y en el suelo y en los trenes que tanto te gustan. Yo me acuerdo de todo.

—¿En mi interior también hay pedazos de estrella?

—Sí, también dentro de ti. Y de tu dueña. Os sentís tan solos y tristes porque no os acordáis de ello —dijo John.

Esa misma noche contemplé el cielo.

De ser cierto lo que John me había contado, al principio todos fuimos la misma cosa.

Ella vino y se acuclilló a mi lado.

Según John, cada fulgor de estrella equivale al Sol. Cuando pienso en ello, siento un gran vértigo y dejo de darle importancia a las nimiedades.

Ojalá pudiera hacérselo ver a ella.

Observábamos fijamente las estrellas, arrimados el uno al otro.

A lo lejos se oyó el ruido del tren sobre el paso elevado. El mismo ruido que movía el mundo. Este astro seguía rotando y nosotros encima de él.

4

La estación cambió y llegó el invierno.

Aunque me resultaba algo nuevo, tenía la sensación de conocer desde hacía mucho tiempo aquel paisaje nevado.

Al respirar, la ventana se empañaba y no veía nada. La luz de la máquina expendedora a la orilla de la calle, difuminada por el vaho del cristal, era preciosa.

La blanca nieve se acumulaba sobre semáforos y buzones de correos, y todo parecía haber renacido.

Las mañanas de invierno eran tan lentas que afuera seguía estando oscuro cuando a ella le tocaba salir de casa.

Vista de espaldas y con el pelo corto, su cabeza era redonda como la de un gato. Y cuando se envolvía en aquel grueso abrigo, todavía se parecía más a un felino.

—Nos vemos luego —se despidió poniéndome la mano en la cabeza como de costumbre, y abrió la pesada puerta metálica.

El olor a nieve se coló entonces junto con el aire frío.

Tras calzarse unas pesadas botas, salió al exterior.

La puerta se cerró de golpe; ella dio vueltas a la llave y bajó las escaleras.

Me la imaginé como si la tuviera delante, espirando el blanco aliento contra sus dedos finos y ateridos. Las nubes preñadas corrían en lo alto del cielo mientras ella caminaba pisando la nieve y los copos se posaban lentamente sobre su cuerpo.

Esperé su regreso en el piso.

Ahora ya era capaz de subirme de un brinco a la mesa. Estaba decorada con dibujos de guirnaldas de Navidad que ella había recortado de revistas.

Dirigí la mirada hacia la ventana. El blanco cubría la ciudad y vi una torre negra, alta como un gigante.

La nieve amortiguaba todos los sonidos.

Salvo uno que hizo que mis orejas se pusieran de punta: el del tren al que ella se había subido.

El palpitar del corazón que movía el mundo.

De entre todos los cambios que se estaban produciendo, me quedé con esos gratos e inmutables latidos.

No podía hacer nada para ayudarla.

Tan solo permanecer a su lado y vivir mi propio tiempo.

II.
Primeras flores

1

Era una larga tarde de verano y el perfume de los alcanforeros impregnaba el ambiente.

Un piso poco luminoso bajo un alcanforero demasiado crecido. La chica diluyó la pintura en un aceite que olía a resina de pino. Respiró hondo y cerró los ojos frente al bastidor cubierto de un lienzo blanco.

De toda la apacible urbanización, aquel viejo edificio de viviendas era el único lugar bullicioso, incluso de día: el ruido de un instrumento rasgueado al buen tuntún, un programa radiofónico de actualidad deportiva, el chirrido de las escaleras oxidadas. Por si fuera poco, olía raro, y cualquier gato normal y corriente habría evitado acercarse.

Los gatos detestamos los olores fuertes o raros y no soportamos los sitios ruidosos. Por eso me sentí tranquila: seguro que allí ningún otro gato iba a meterse conmigo. Además, con el poco oído que tenía, aquel nivel de bullicio no me suponía ninguna molestia.

El edificio estaba rodeado por un jardín sin cuidar. Encaramada a las ramas de un gran alcanforero que crecía allí, observé a la chica.

Estaba inmóvil, con la mirada clavada en el lienzo blanco.

Había nacido a principios de ese verano, por lo que aún no entendía bien a los humanos, pero no me pareció normal que se quedara tanto rato quieta mirando el lienzo.

Al cabo de un rato, por fin se movió. Trazó sin titubear una

gruesa línea negra en el centro.

Un escalofrío atravesó mi cuerpo.

El movimiento fue tan poderoso que se me erizó la cola.

Ella era extraordinaria. Su constitución y estatura eran pequeñas y llevaba el pelo de un color extraño, pero era extraordinaria.

Fue superponiendo capas de pintura sobre el lienzo blanco hasta que el sol se escondió y se encendieron las farolas de la calle. Encima de la tela fue surgiendo un paisaje que nunca había visto.

De pronto, ella me miró.

Su mirada era tan penetrante que me quedé petrificada, como si me hubiese atravesado una flecha.

—Mimi.

Así me llamó.

Hasta ese día, el resto de los humanos me habían llamado «¡Sh, sh!», «Ladrona» o «Vagabunda», pero nunca habían usado esa palabra.

En vez de ahuyentarme, me dio de comer. El pescado en aceite que venía dentro de la lata me pareció muy sabroso, pero lo que más ilusión me hizo fue que me dio un nombre.

De modo que decidí que a partir de entonces me llamaría Mimi.

Era idéntica a la gata que tuve cuando estaba en primaria: la pequeña Mimi. Mimosa y blanca como la nieve. Al volver del colegio, siempre me estaba esperando en la ventana ornamental del piso de arriba. Cuando extendía las láminas blancas de dibujo sobre mi escritorio y me ponía a pintar, ella se subía encima buscando un poco de atención. Se tumbaba sobre la pintura aún fresca y acababa con la cola teñida de todos los colores posibles.

Resultaba adorable cuando, a la hora de comer, intentaba inmiscuirse en nuestras conversaciones maullando sobre la alacena.

Por cierto, cuando estaba Mimi, papá y mamá aún vivían juntos. Desayunábamos los tres; yo les contaba lo que me había pasado en el colegio y ellos dos me escuchaban. Nos reíamos juntos en los momentos divertidos y también nos enfadábamos juntos ante las situaciones difíciles.

Antes de que pudiera darme cuenta, ya no comíamos a la misma hora y apenas conversábamos.

Ahora, papá y mamá viven en lugares distintos, cada uno con su pareja.

Al terminar el instituto, decidí marcharme de casa e independizarme. Tanto papá como mamá se opusieron, pero ambos llevaban la vida que les daba la gana, así que yo también tenía derecho a ser caprichosa.

El edificio en el que vivía era viejo y sucio, pero no pagaba alquiler. O, para ser más exactos, lo haría una vez encontrase empleo. Todo gracias a que la propietaria era mi abuela materna. La suciedad no me preocupaba porque al pintar enseguida se manchaba todo.

Estudiaba en un centro de formación profesional especializado en Bellas Artes. Empecé a acudir allí durante el último curso de bachillerato con el objetivo de prepararme para el examen de acceso a la facultad de Bellas Artes, pero como no había aprobado, estaba dándome otro año para intentarlo de nuevo. Al final perdí interés por el examen y estaba planteándome buscar trabajo ese mismo año.

La nota de corte de Bellas Artes era altísima porque había un montón de individuos que tomaban esa vía creyendo que dibujar era más fácil que ponerse a estudiar. Para entrar en la facultad era indispensable una técnica lo bastante buena para superar la prueba. Yo me enteré de eso demasiado tarde. Los estudiantes con talento de verdad, como es mi caso, nos veíamos perjudicados por culpa de todos esos ilusos que, por no querer estudiar para el examen, se creían que cualquiera era capaz de pintar.

Yo sabía que mis pinturas eran excelentes.

Sin embargo, prácticamente ninguno de mis profesores, artistas malogrados salidos de dicha facultad, se dignaba a elogiarlas. No

hacían más que ponerme ejercicios repetitivos cortados por el mismo patrón.

Incluso la gata que tanto se parecía a Mimi se quedaba embelesada mirando mis cuadros. ¿Por qué ellos no eran capaces de apreciar algo que hasta un gato veía?

Para ser franca, a mi alrededor no había nadie que pintase como yo. Dado que había nacido con talento, estaba dispuesta a aceptar cierto grado de infelicidad. Como ser bajita, que el tinte me quedase mal o suspender el examen de acceso.

La felicidad y la infelicidad dependen de cómo se miren. La separación y la doble infidelidad de mis padres eran una desgracia, pero yo no tenía problemas económicos y podía vivir sola gratis.

Iba a ganarme la vida con mis cuadros.

Mientras movía la mano, distintos recuerdos afloraron y se desvanecieron; un rato después estaba muy concentrada y solo veía el cuadro. Quizá fuese gracias a contar con la gata blanca como espectadora. Ese día el pincel fluyó como nunca.

En modesta señal de agradecimiento, a la hora de la cena le abrí una lata de atún. Al observarla comer con fruición, me acordé de Mimi. A ella también le gustaba el atún.

Por un momento pensé en quedármela y cuidarla.

No había ninguna norma en el edificio que prohibiese tener mascotas, pero tampoco inquilinos que poseyesen alguna. Allí los residentes eran o pobres o de vida disoluta, una de dos. No existían vecinos capaces de cuidar en serio de un animal.

No obstante, el material para pintar costaba dinero. Y yo, que siempre estaba sin blanca, no podía permitirme tener un gato.

Ella se llamaba Reina. Me enteré porque ella misma me lo dijo.

No he conocido a ningún otro humano que se presente a sí

mismo ante un gato.

Siempre olía raro: a alcohol, a pintura, a perfume, a especias exóticas e incluso a tabaco, pese a no ser fumadora.

Era muy voluble, y había días en los que me daba de comer y otros en los que no.

Los días que no lo hacía eran, por lo general, aquellos en los que estaba concentrada pintando. No me quedaba más remedio que buscar alimento en las viviendas vecinas o donde fuera. Detrás del edificio había un arriate abandonado con un grifo para el riego donde siempre podía beber agua limpia.

En general solía darme lo que ella misma estaba comiendo en ese instante: a veces cosas ricas y, en otras ocasiones, cosas que prefería no volver a probar. Cuando estaba de buen humor, me abría una lata de comida para gatos.

Total, que me daba de comer, pero yo no era su gata.

—Lo siento, no puedo cuidarte —me dijo cuando nos conocimos—. Es que los gatos os morís.

Yo opino igual: los gatos enseguida nos morimos.

Además de ser blanquísima y la más canija en relación con mis hermanos, era también un poco dura de oído. Por eso me había visto en apuros varias veces, como cuando una bicicleta casi me atropella o la vez que me di cuenta demasiado tarde de que se acercaban otros gatos.

—Aunque morirse forma parte de vuestro trabajo —dijo, y se rio.

Tal vez la gata que perdió se llamaba Mimi. Por lo tanto, yo sería Mimi II.

Reina se describió como una persona muy descuidada.

—De manera que te daré de comer cuando me apetezca.

Y la verdad es que así era. Una vez, mientras me echaba la siesta a la sombra sobre el cemento frío, me agarró por la parte de atrás del pescuezo y me lavó en una tina.

—No sabía que fueras tan blanca. Eres preciosa.

Yo quería morirme de verdad, pero aquellas palabras me hicieron cambiar de parecer. Me puso contenta que me halagase.

Me caía bien.
Porque Reina era un ser muy fuerte.

2

El cielo azul se reflejaba en los grandes charcos tras el aguacero.

Yo volvía de la escuela. Iba pensando en la cena cuando de pronto oí la voz de un chico que me llamaba a mis espaldas. Era Masato, de mi clase preparatoria de pintura.

—¿Qué quieres? —le pregunté tomándome la molestia de parar.

—El resto de la clase ha propuesto que vayamos todos a la piscina en vacaciones, pero… no sé si te apetecería…

Él siempre se mostraba tan apocado, con esa manera de hablar entre dientes, como si tuviese vergüenza.

—No —contesté en el acto, y retomé mi camino.

—Ah, me lo imaginaba… —dijo con pena Masato, y me siguió con cierta reserva, siempre a un lado—. Bueno, no pasa nada, pero…

¿Otra vez?

—¿He oído que vas a dejar el curso de pintura?

Asentí.

—Voy a buscar trabajo.

Aún no les había dicho nada a mis padres, pero la decisión estaba tomada.

—Ah, bueno —dijo Masato como un atontado—. Pero en el curso preparatorio no solo hay pintura, también hay diseño y otras cosas.

—No es por eso, hombre.

Comencé a impacientarme.

—Entonces, ¿por qué?

—Quiero pintar, pero me parece una estupidez hacerlo para aprobar un examen.

Ahí estaba sincerándome.

—Tienes razón. Yo pienso lo mismo —reconoció él *ipso facto*, lo cual me desconcertó—. Pero estoy seguro de que vas a aprobar el examen.

—Ah… Ya…

Sus palabras me pusieron tan contenta que me costó mantener la cara larga.

—Por cierto, la piscina tiene una corriente de agua…

No había terminado la frase.

—Deja de preocuparte por mí y pinta —le solté un poco cabreada—. Un tipo mediocre como tú no debería perder el tiempo con distracciones y tonterías, ¿no crees?

—Pues la profesora nos ha dicho que las experiencias vitales son importantes —dijo Masato, sin que mi comentario pareciera haberle afectado lo más mínimo.

—Darse un chapuzón no cuenta como una experiencia vital.

—Quién sabe, quizá entonces surja un gran amor que dé un vuelco a tu vida.

—Tonterías.

Entre mis compañeros de clase, las historias de gente que empezaba a salir o rompía eran frecuentes. Seguramente se creyeran muy especiales pero, observados desde fuera, aquellos devaneos amorosos resultaban ridículos y ya estaban más que vistos.

—¡Qué vuelco ni qué historias!

Masato puso una sonrisa amarga.

—Te presentarás al festival de arte en otoño, ¿no?

Dado el límite de edad, el concurso del festival de arte era una oportunidad de oro para muchos jóvenes que aspiraban a entrar en el mundo de las bellas artes. Si pretendía participar, ya iba siendo hora de ponerme manos a la obra.

—Sí, esa es mi idea.

—Ánimo.

—Lo mismo digo.

Al oír eso, abrió mucho los ojos. O sea: ¿que él no tenía intención de presentarse?

En ese momento llegamos a la estación y nos despedimos.

Soy una gata abandonada.

Cuando era una cría, todos me mimaban: tanto mis padres como el matrimonio que se ocupaba de nosotros. Tenía cinco hermanos. Mi madre sufría de los nervios porque mucha gente venía a vernos, pero a mí me ponían de muy buen humor todas las carantoñas que me hacían los humanos.

Esos tiempos, sin embargo, no duraron mucho. Aunque mis hermanos acabaron siendo adoptados, nadie quiso hacerse cargo de mí y al final me abandonaron. Era la más pequeña, a menudo vomitaba la leche de mi madre, oía mal y seguramente me considerasen una gata sin encanto. Era la más débil, en suma.

Delante de Reina, quería hacerme la fuerte. Por eso no me instalaba en su piso. Dormía debajo del alcanforero, ya que era el árbol ideal para evitar que se me acercasen insectos y gatos malvados. En lo que a la comida se refiere, también prefería cazar y encontrar mi propio alimento a limitarme a recibirlo. Así me volvería más fuerte. Quería demostrárselo a ella.

Parece que Reina tenía más territorios aparte de este, porque se marchaba y regresaba al atardecer. A veces se quedaba en el piso hasta la tarde, otras salía a primera hora de la mañana y regresaba de noche. También había días en los que no volvía. Esos días, se me encogía el alma.

En una ocasión, Reina se ausentó durante varios días. Preocupada, decidí ir a buscarla y entonces conocí a Chobi.

Chobi tenía un pelo bonito, del mismo tono blanco que el mío. Me enamoré de él a primera vista. Los gatos machos me dan miedo porque enseguida intentan subírsete encima, pero Chobi era distinto a los demás.

Al verme, me saludó en un tono desenfadado y nada más:

—¡Hola!

—¿Este es tu territorio?

—Más o menos.

El corazón me dio un vuelco. Sin ser consciente, había entrado en el territorio de otro gato.

—Entonces vas a expulsarme.

—Jamás le haría eso a una gatita.

—Eres todo un caballero.

La verdad es que era un gato curioso.

—Soy Chobi —se presentó.

—… Y yo, Mimi.

Lentamente me acerqué a él hasta que pude olerlo. Ambos nos olisqueamos.

Chobi olía a humano.

—¿Tienes dueño?

—Sí. Mi dueña es ella.

—¿Quién es «ella»?

—No sé cómo se llama. Ni me interesa. Pero es mi novia.

—Qué raro.

—Ah, ¿sí?

—Sí, es raro que tengas una novia y no sepas su nombre —le dije un poco celosa.

—Un nombre solo es un nombre. Un gato no dejaría de serlo aunque le llamaras «perro», ¿verdad?

Era la primera vez que oía decir algo así y sentí curiosidad. Quería seguir charlando, pero en ese instante vi a Reina. Dentro de la gran bolsa blanca que llevaba, distinguí un peculiar objeto redondo: latas de comida. Mi festín.

—¿Volveremos a vernos?

—Quizá.

—Quizá no. Júrame que nos veremos otra vez.

Tenía ganas de la comida para gato, pero también me apetecía ver a Chobi.

—Vale, te lo juro.

—Queda prometido. Cúmplelo.

Con esa promesa me despedí de Chobi.

Me acerqué corriendo a Reina y, al maullarle, me sonrió.

—Mimi, has venido porque has olido esto, ¿verdad?

Me puse contenta y froté la parte de atrás de la cabeza contra ella.

Luego me pregunté si Chobi también hacía lo mismo con su dueña y, de pronto, me puse un poco triste.

A partir de entonces empezamos a vernos casi a diario y a veces Reina también le ofrecía comida a él.

Chobi era un pésimo cazador. Tan malo que, en otras circunstancias, no le habría hecho ni caso. Pero como mis padres también eran malos cazadores, me resultaba entrañable que él tampoco supiese. Yo quería aprender, pero no había forma. Ojalá un día pudiera valerme por mí misma y llevarle las presas a Reina. Algún día le devolvería el favor de las latas de comida.

Estaba pintando en pleno bochorno veraniego y me entraron ganas de darme un manguerazo en la cabeza. El aparato de aire acondicionado fijado al marco de la ventana era ruidoso y apenas refrescaba.

«A estas horas, esos ya estarán en la piscina…».

Sacudí la cabeza con fuerza para quitarme la idea de que habría sido mejor ir con ellos.

Tenía que dedicarme en cuerpo y alma a la pintura.

Pasado un rato, oí unos pasos familiares por la ventana. Era Mimi. Hoy venía acompañada.

El invitado era un gato blanco muy parecido a ella que llevaba collar.

«Si tiene dueño, que le den de comer en su casa…», pensé, aunque bien era cierto que quizá a Mimi también la alimentasen por ahí. Decidí darles un lujo y abrir una lata de atún.

Mimi empezó a impacientarse tan pronto oyó que abría la conserva. Estaba muy mona cuando se ponía así. Al ofrecerles el plato de atún, Mimi se abalanzó sobre él. Su acompañante mordió un trozo tímidamente y reaccionó con asombro.

Observándolos, la crispación que sentía se desvaneció. Yo también me animé a merendar: un Häagen-Dazs duro como una piedra, porque el congelador enfriaba demasiado.

—Como dice el refrán: «Aunque me vista con andrajos, corazón de brocado». Aunque viva en un edificio destartalado, como helados Häagen-Dazs, ¿a que sí?

Últimamente me había dado por hablarle a Mimi. Ella me miró de soslayo mientras masticaba con el hocico lleno de atún.

A pesar de no ser más que una forma de monólogo y aunque ella fuese una gata, me hacía feliz tener a alguien con quien hablar durante la comida. En la escuela no había nadie con quien compartiera intereses y siempre almorzaba sola porque me parecía una tontería juntarme con quien sé que no va a congeniar conmigo.

Me senté junto a la ventana y eché un vistazo al interior del piso. Había tres cuadros sin acabar. Los terminados estaban guardados en un armario empotrado al que le había quitado la puerta. También un sofá cama, una pequeña estantería y cajas donde guardaba ropa. Un hornillo portátil y un fregadero. Una pequeña nevera. Material de pintura y provisiones de fideos instantáneos. Mi pequeño mundo. El tatami y las tablas del suelo crujían esponjosamente bajo la alfombra salpicada de pintura, y se oían las conversaciones de dos pisos más allá.

Era una vivienda pequeña y sucia, pero a mí me gustaba.

Los ojos de Reina tenían un brillo cálido. Me gustaba su fuerza, esa actitud llena de confianza en sí misma. Era algo inalcanzable para alguien débil como yo.

Reina blandía el pincel sin vacilar y aplicaba capas de pigmento. El olor a pintura se esparcía en el aire. Lo interesante era que el aroma variaba ligeramente en función del color.

Maullé con todas mis fuerzas. Ella no se enteraba porque mi voz era suave.

—¿Qué pasa? ¿Tienes hambre?

Por fin se dio cuenta. Con la mente puesta en el cuadro, me abrió una lata de atún.

Estaba salado, pero tampoco podía quejarme.

Mientras comía absorta, noté una mirada y alcé la cabeza.

Era un gavilán. La silueta característica del ave de rapiña hizo que mis instintos reaccionaran y me cayera del marco de la ventana.

Al verme, Reina rio abrazándose la barriga.

—¿Tan bien lo he pintado?

Obviamente, no era un gavilán de verdad, sino una parte del cuadro de Reina. Aunque bien visto solo fuesen manchurrones de pintura, en ese momento creí que era real. El instinto me alertó de que había aparecido una criatura peligrosa, ¡y eso que nunca había visto un gavilán en mi vida!

Reina era increíble.

Me sentí orgullosa de estar a su lado.

Pinté hasta que salió el sol y, cuando me desperté, hacía un buen

rato que el mediodía había quedado atrás.

Tomé un almuerzo rápido en un establecimiento de *gyüdon*[6] frente a la nacional y volví al piso.

Delante del edificio me crucé con la vecina. Trabajaba de noche y siempre iba muy maquillada.

—Reina, ha venido alguien a verte.

La entonación, propia de su terruño, era una delicia para los oídos.

—Ah, vale. Gracias.

Bajé la cabeza en señal de agradecimiento. No era habitual que viniesen a verme. ¿Quién debía ser?

Por algún motivo me vino a la mente la cara de Masato, aunque eso era imposible.

La que me esperaba delante del piso era una mujer. Al principio no la reconocí porque iba vestida de manera distinta a la habitual.

—¡Hola!

Era mi profesora de la escuela de formación profesional.

—¿Eh? ¿Qué haces aquí, Miyu? —le pregunté.

Ella sonrió ligeramente avergonzada.

—Es que al vivir cerca… Aunque en realidad no sé si esto de visitar al alumnado es muy correcto… —dijo con cierta reserva.

Me hacía una idea del motivo real de la visita.

—Bueno, no hace falta que me des explicaciones.

Abrí la puerta de mi piso.

—Pasa. Te advierto que es pequeño y no está muy limpio.

No exageraba. Si lo hubiera sabido antes, habría recogido un poco, pero ya era tarde.

Al ver el piso, Miyu tragó saliva. No por el estado deplorable de la vivienda, sino porque se había fijado en el cuadro a medio pintar.

—¡Vaya…! Es una obra grande, ¿eh?

Me alegró su reacción. Hice la señal de la victoria para mis adentros.

—No sé cuándo lo acabaré.

Mimi estaba acurrucada encima del sofá cama y, al abrir los ojos, vio a mi profesora.

—¿Sabes qué, Miyu? Habéis reaccionado al cuadro exactamente de la misma manera.

Le hice cosquillas a Mimi debajo de la barbilla.

—¡Así que tienes una gata!

—Más que tenerla, digamos que se ha instalado. Se pasa cuando le apetece.

—Pues se la ve muy adaptada. Confía plenamente en ti.

—Supongo.

Después de lavarme las manos y limpiar unos vasos, le serví un té de cebada infusionado en agua fría.

—Gracias. Yo también tengo un gato.

—Ah, ¿sí?

—Se parece a esta gatita, tiene el mismo color blanco. Pero el mío es macho.

Me acordé del gato blanco que había venido con Mimi. Sería increíble que fuese el mismo del que me hablaba ella.

—Oye, últimamente no te veo por clase.

Miyu fue directa al grano.

—Ya, es que no estoy yendo.

Ella me miró a la cara y soltó un suspiro.

—Mira, esto no te lo digo como profesora tuya, sino que es una opinión personal. Puede que no sea la más indicada… pero he visto a muchos alumnos a lo largo de mi carrera y necesito decírtelo…

Tanto rodeo empezó a impacientarme.

—Suéltalo de una vez.

—Que seas buena pintando no quiere decir que te vaya a ir bien en el futuro.

Esas palabras me sentaron como una patada en el estómago.

—Ya lo sé —le dije en un tono involuntariamente agresivo.

Me temblaban los dedos.

—Así que, Reina, ¿por qué no vuelves a intentar superar el examen de acceso?

Miyu me miró directamente a los ojos.

En mi interior había un yo que deseaba oír esas palabras. Sin embargo, lo que salió de mi boca no se correspondía con lo que

realmente pensaba.

—¿De qué me sirve ir a la universidad?

Yo misma era consciente de que estaba escurriendo el bulto.

—Eso dilo una vez lo hayas probado.

Me dejó patidifusa. Miyu decía las cosas con delicadeza, pero sus palabras te tocaban hondo.

—Eres dura.

Esta vez fui sincera.

—Me parece bien que quieras buscar trabajo, pero seguir pintando y trabajar al mismo tiempo no es fácil.

Eso ya lo sabía.

—¡Tampoco es para tanto! —contesté solo por llevarle la contraria.

Encima lo hice en voz alta, para disimular que no tenía pruebas de ello. Mimi se asustó con mi pronto y se puso nerviosa.

—La destreza no basta para entrar en el mundo del arte. No voy a opinar si eso es positivo o no, pero no conseguirás que te hagan caso a menos que te matricules en la facultad de Bellas Artes. —Miyu continuó sin darme tiempo siquiera a abrir la boca—. Naturalmente, otra cosa distinta sería que algún crítico te descubriera y alcanzaras un estatus de artista *underground*.

Todas esas cosas que me estaba diciendo yo ya las sabía.

—Tranquila. Con mis cuadros puedo ir adonde me lo proponga. De hecho, estoy pintando algo para el concurso.

A Miyu se le escapó una risita.

—¿Qué te hace gracia?

Pensé que me estaba tomando por tonta.

—¡Perdón! Me alegro por ti. Estaba pensando que si yo hubiera tenido la misma confianza en mí, quizá mi vida habría sido distinta.

No me pareció que aquello fuese una mentira o un mero cumplido para salir del paso.

—¿A qué te refieres? ¿A los hombres?

Al tratar de sonsacarle algo más, Miyu pareció visiblemente intranquila.

—No, no es eso…

Creo que di en la diana. Era una persona previsible.

—Ya verás cómo no hay problema, Miyu. Eres una mujer maravillosa. ¿Quién sino tú se habría preocupado por mí? La gente sabe ver esa bondad.

—No sé…

Al final, acabé animándola yo a ella… Vaya estampa.

Mimi bostezó y volvió a hacerse un ovillo sobre el sofá cama.

—En fin, me pensaré lo que me has dicho.

—Hazlo, por favor. Y otra cosa…

—Sí, iré a clase. Un día de estos.

—Gracias.

Miyu me sonrió.

La mujer que se marchó de casa de Reina olía a Chobi.

¡Ah, claro! Es que ella era su novia.

Desde ese día, me pasé todo el rato de morros. La culpa la tenía Chobi, desde luego, pero no era el único motivo.

3

Miyu me animó a presentarme a la prueba de acceso. Pero el verano estaba a punto de terminarse y yo todavía no me había decantado por presentarme al examen o por buscar trabajo.

Al final, las últimas dos semanas de vacaciones hice unas prácticas en una empresa por mediación de la escuela. Ni yo me acordaba de que las había solicitado.

El asunto de las prácticas suena bien, pero en realidad es trabajar gratis. Al principio tenía intención de escaquearme lo máximo posible, pero la empresa resultó ser una agencia de diseño lo bastante famosa como para que yo también la conociera, así que cambié de actitud. Creaban logos de películas taquilleras y portadas de mangas que eran grandes éxitos de ventas.

Estaba en un barrio chic, un poco lejos de mi apartamento, la ubicación esperable para una oficina de diseño. Por primera vez en mucho tiempo empecé a llevar una vida ordenada.

El primer día estaba nerviosa, naturalmente. Mi trabajo consistía en redactar las actas de las reuniones, pegar etiquetas con direcciones y otras tareas que podría hacer cualquiera, pero a cambio podía observar de cerca el trabajo de diseñadores profesionales.

Nunca antes había visto trabajar a expertos.

La verdad es que eran rápidos. Y me impresionó la cantidad de material que generaban para hacer un simple diseño. Pese a que las tareas que me habían asignado eran menores, estaba contenta de serles útil.

Y lo que más feliz me hacía era el almuerzo.

En aquella zona había muchos restaurantes de categoría. Cada día, alguien diferente se turnaba para invitarme a un almuerzo de lujo. En todos los locales se comía de maravilla.

Eso me hizo darme cuenta de lo mal que había estado alimentándome últimamente. La buena comida genera entusiasmo y vitalidad. Yo creía que la realización de tareas tan simples y no remuneradas me quitaría las ganas de trabajar, pero aquello fue todo un aliciente. Me mantenía bien gracias a ellos, al igual que le pasaba a Mimi conmigo.

La gente de la agencia estaba acostumbrada a los estudiantes en prácticas como yo y se preocupaba por mí. Pero el que más pendiente estaba era un hombre al que llamaban «jefe».

Mi primera impresión fue «Este tío me da mala espina». Los hombres que usan perfume no son de fiar. Como mi padre, sin ir más lejos. Aunque era más joven, tenía cierto parecido con papá.

Al parecer había sido él quien me había elegido para hacer las prácticas.

Le entregué un portafolio con mi obra y se deshizo en elogios.

Mientras almorzábamos, no paré de hablarle con pasión de mis pinturas y él me escuchaba con expresión feliz.

—Otro día podrías enseñarme tus cuadros —dijo el jefe con una sonrisa impecable.

Me entraron ganas de mostrarle el que estaba haciendo en ese momento. Ese que había sorprendido tanto a Mimi como a Miyu. Seguro que le gustaría.

—Venga a verlos cuando quiera. Pero le advierto que vivo en un cuchitril —contesté toda orgullosa.

«Ahora mismo, si quiere», pensé, pero eso supondría delegar más trabajo en el resto de la gente y no era el momento. De hecho, había personas que se quedaban a dormir en la oficina. Yo misma trabajaba sin descanso de la mañana a la noche.

Los picos de trabajo eran divertidos, como la víspera del festival de la escuela. Si bien es cierto que tenía la tranquilidad de carecer de grandes responsabilidades, me alegraba serles de ayuda, aunque fuera a cambio de que me pagasen el almuerzo. Pensándolo bien,

tenía la sensación de que apenas había sido útil a nadie en mi vida.

—¡Bravo!

Tras sobrevivir al pico, brindamos todos juntos. Yo con un refresco de cola, porque era la única menor. Además tenía que comportarme, ya que si estaba allí era gracias a la escuela.

El jefe se acordaba de que lo había invitado a ir a ver mis cuadros. Me hizo ilusión porque creía que estaría ocupado y se habría olvidado, y nos intercambiamos los números de teléfono.

—Ten cuidado con él, le gustan jovencitas —me dijo luego al oído una diseñadora en el baño.

«¡Los típicos celos entre mujeres!», pensé yo, pero estaba equivocada.

A medida que se acercaba el final del verano, mi cuerpo empezó a cambiar: de cría a gata adulta.

Sentí unas ganas irreprimibles de tener crías con Chobi, así que decidí sincerarme.

—Casémonos.

—Oye, Mimi, ¿cuántas veces te lo he dicho? Yo ya tengo una novia adulta.

¿Otra vez con lo mismo? Quise comprobar si se trataba o no de la mujer que había visitado a Reina. Si de verdad era tan extraordinaria.

—Déjamela ver.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Mira, Mimi. Te lo he dicho cientos de veces… Ya hablaremos de esto cuando seas mayor.

Me puse tan triste que se me pusieron gachos los bigotes, las orejas y la cola.

Eso de tener una novia humana era un disparate. ¡Pero allá él!

Enfurruñada y haciendo ruido al caminar, me dirigí al taller-vivienda de Reina.

Al echar un vistazo al piso desde el alcanforero de siempre, observé que estaba hablando por teléfono.

—¡Uy! Va a hacer que me ponga colorada.

Hablaba con una voz melosa que ella jamás utilizaría de manera natural.

Aquella no era la Reina de siempre. Yo quería que fuese más fuerte y lanzada, que no buscase los favores de nadie.

Me enfadé tanto que me volví cruel. En ese instante hubiese sido capaz de cazar cualquier presa que se me pusiera por delante.

No sé qué me pasó por la cabeza ese día.

Me fui a dar un largo paseo, cosa poco habitual en mí. Me adentré por matorrales nunca explorados, me subí a tapias desconocidas. Pese a que siempre me acobardaba, en un momento como aquel, esos sitios en los que nunca había estado, esos aires que jamás había respirado, no me imponían.

Distraída, acabé adentrándome en el territorio de otro gato.

«¡Uy! Noto un ambiente hostil».

Tan pronto pensé esto, ya era demasiado tarde. Un gato macho de brillo afilado en los ojos se interpuso en mi camino. Para ser callejero, era grande. Que comiera mucho significaba también que era fortachón.

En un costado de su vientre, cubierto de pelo blanco con manchas negras, había una gran cicatriz. Tenía la cola erguida, con la punta doblada hacia un lado.

«Rabituerto», lo apodé para mis adentros.

Rabituerto me miró como si me estuviera tasando.

En el momento en que di un paso adelante, me amenazó con la mirada: «Como te acerques más, prepárate».

—Eh, ¿me lo cazas?

Mi voz sonó tan dulce que yo misma me sorprendí.

—¿Qué? —preguntó Rabituerto con desconfianza.

Un pájaro colilargo picoteaba algo sobre la gravilla del aparcamiento.

Tan pronto lo vio de reojo, Rabituerto se puso en acción sin hacer ruido. Fue acercándose poco a poco al pájaro por encima de la tapia. Tenía todos los músculos curvados. De un brinco, se lanzó muro abajo y atrapó a su presa por el cogote con un mordisco certero. El pájaro aleteó e intentó escapar por todos los medios.

—¡Increíble!

Tanto me impresionó que fue lo único que atiné a decir. Se me erizó todo el pelo.

El pájaro perdió rápidamente la vida en las fauces de Rabituerto. Luego dejó caer la presa inerte delante de mí.

—Ha sido pan comido. Los pájaros no ven en la oscuridad —dijo como un padre explicándoselo a su hija.

Ahí me di cuenta de que Rabituerto era bastante mayor que yo.

—Soy Mimi. ¿Tú cómo te llamas?

—No tengo nombre.

—Entonces, ¿puedo llamarte Rabituerto? —Llámame como quieras.

Él me dio la espalda y echó a andar; yo lo seguí. «Sí, soy una gata de verdad», pensé. Estaba notando la llamada del instinto felino.

Esa noche me apareé con Rabituerto.

El verano estaba a punto de terminarse.

Al día siguiente volví a ver a Chobi, pero él no se dio cuenta de lo que me había pasado.

Chobi y yo nos partimos de risa intentando emular en vano el canto de aquellas curiosas cigarras.

Cada vez que nos veíamos, le proponía que nos «casáramos», pero ese día, por primera vez, me despedí sin haberle dicho nada por el estilo.

Tampoco le hice prometer que nos veríamos al día siguiente. Sin

embargo, él se fue a casa de ella sin tampoco decirme nada.

Al verlo marcharse así, se me hundió la cola.

Reina llevaba unos días en las nubes y no se daba cuenta de cómo me sentía.

Yo me limitaba a dormir todo el rato, sin saber bien cómo desahogarme.

—Creo que van a darme trabajo.

Reina estaba de buen humor.

—Le he gustado al jefe de la agencia de diseño en la que hago las prácticas.

»Me ha dicho que tengo talento. Nada que no sepa ya.

»Me parece que el trabajo va a ser duro, pero me lo estoy planteando.

Me deslumbraba lo inquebrantable que era su fortaleza.

Al oír hablar a Reina me dio por pensar. Cada gato tiene su territorio. Pueden ser extensos o reducidos en función del dueño, pero nunca hay más de uno por territorio. En el caso de los humanos, pueden hacinarse varios sujetos en uno solo; Quizá parezca que las relaciones sean cordiales, pero tan solo es una fachada; el poder en un territorio depende en esencia de una única persona.

Reina y el resto de la gente que pintaba estaban inmersos en una guerra sin cuartel por un territorio muy reducido; lucha de la que un sinfín de personas quedaban descolgadas y en la que solo sobrevivían las más fuertes.

Hasta entonces Reina había evitado la derrota porque era muy fuerte.

Otra rareza de los humanos era que, con el tiempo, acababan disputándose territorios ajenos. Antiguamente todos eran holgados, pero en el presente no había más que terrenos muy pequeños y grandes masas que contendían por espacios concebidos para una o

dos personas.

Sin embargo, estaba segura de que Reina no tendría problema. Con lo fuerte que era y la confianza que tenía en sí misma, no iba a perder.

4

Una fresca brisa comenzó a soplar y con ella llegó el otoño.

Los árboles que crecían sin orden ni concierto alrededor del edificio de Reina ya estaban amarilleando. El único que permanecía verde era el alcanforero, aunque sus redondas bayas sí habían empezado a madurar.

Llené los pulmones con el aroma del otoño mientras pisaba las hojas caídas de tonos dorados y cobrizos.

Mi cuerpo había crecido bastante. Tanto que Reina se reía de mí porque me quedaba atrancada en lugares por los que antes pasaba sin mayor dificultad.

Vino entonces un gran tifón otoñal. Una tempestad cuya lluvia y viento parecía que fueran a hacerlo todo añicos.

Ese día Reina tuvo el detalle de dejarme entrar en su cuartucho y dormir con ella.

Aquella noche resucitó mis miedos de cría. En el apartamento se oían diferentes crujidos y ruidos de objetos que golpeaban las contraventanas. En medio de todo, Reina pintaba impertérrita, con la concentración puesta en el lienzo.

Tras pasarme la noche en vela, al ver el cielo azul por la mañana sentí por instinto que se había producido un cambio irremediable.

Quien me avisó de la muerte de Rabituerto fue un gato grueso y redondo como un barril. Se presentó con el nombre de Kuro.

—Tú te llevabas bien con él, ¿verdad?

—¿Quién es «él»?

—El de la cola torcida. Lo conoces, ¿no?

—¿Rabituerto?

—¿Lo llamabas así? Entonces tienes que ser tú. A él le gustaba porque no es habitual que a los gatos callejeros les pongan nombre. —En ese momento hizo una pausa—. Ha muerto.

—Ah, bueno.

Rabituerto estaba muerto. Lo acepté sin más.

—¿No te sorprendes?

—Lo había presentido.

Me había hecho a la idea de que algo debía de haber sucedido para que el mundo hubiera cambiado de esa manera.

—El asunto es que ahora su territorio te pertenece.

—¿Qué?

Eso sí que me sorprendió.

—¿Por qué? ¿No se lo han disputado otros gatos?

—En esta ciudad las cosas funcionan así —dijo Kuro, como si fuese lo más natural—. Quedas avisada —añadió, y se dio la vuelta.

—Pues gracias.

Kuro malinterpretó mi agradecimiento por habérmelo comunicado.

—La decisión no ha sido mía. Las gracias dáselas a John.

—¿John…?

—Es un perro —dijo, y desapareció con una agilidad que no casaba con su aspecto.

No estaba triste. Tan solo tenía muchísimo sueño, así que me quedé a dormir una temporada en el piso de Reina.

Ella pasaba la mayor parte del tiempo fuera.

Al cabo de unos días, Kuro vino a verme.

—No descuides patrullar por tu territorio —me dijo, y se marchó.

Recorrí lentamente el territorio de Rabituerto: una fábrica abandonada con chapas de cinc comidas por el óxido, un canal casi seco lleno de basura, muros y muros de cemento ennegrecidos por los gases de los tubos de escape. No eran más que paisajes desoladores. Rabituerto se había pasado toda la vida contemplando aquel triste panorama.

En la esquina de un aparcamiento vacío había nacido un cosmos de color rosado. En ese instante sentí una certeza: allí era donde se había muerto.

Me invadió entonces una amargura que amenazó con hacerme trizas.

Necesitaba que Reina me consolase.

Pero también sentía que no debía verla.

En realidad yo era muy débil. Aunque mi cuerpo hubiese crecido, por dentro seguía siendo una cría, y Reina podría abandonarme si se daba cuenta de que era débil y no valía para nada. Igual que lo habían hecho mis primeros dueños.

Ese día tampoco estaba en el piso. Debía de haber ido a esas «prácticas» o como quiera que se llamasen. Mejor para mí.

Me eché una larga siesta bajo el alero de su piso, hasta donde llegaba el tenue olor de las pinturas de Reina.

Me desperté con el ruido de una bicicleta. Ya había oscurecido a mi alrededor.

Luego oí la voz de Reina en el piso. Empezaba a tener hambre. Contenta, arañé las contraventanas. Normalmente Reina no tardaba en asomar la cabeza. Sin embargo, en esa ocasión nada parecía indicar que fuese a salir.

Aquel individuo se había pasado todo el rato mirando mi cuerpo en vez de mis cuadros. Ni siquiera se dignó a dirigirles una mirada, a diferencia de Miyu cuando la invité a entrar en casa.

Bien pensado, quizá era lo que buscaba desde el principio. Pero yo no quería admitirlo. Prefería pensar que se había fijado en mi talento.

El jefe me había traído a casa en coche. Durante el trayecto me había soltado una ristra de palabras vacías, que yo había escuchado entusiasmada.

¡Pero qué tonta era!

Y ahora me había empujado encima del sofá cama.

El olor de su perfume me dio arcadas.

Eso no era lo que yo quería.

Sabía muy bien qué intenciones tenía ese sujeto. Podía escudarse en que era yo la que lo había invitado.

«Ten cuidado con él, le gustan jovencitas».

Ahora me daba cuenta de que la advertencia de la diseñadora era sincera.

Aquello formaba parte del trabajo. Si hacía lo que él quería, quizá conseguiría un puesto. Era una relación humana como otra cualquiera.

¿Por qué no me dejaba llevar?

Tan pronto ese pensamiento me cruzó la cabeza, sentí una enorme rabia hirviendo en el fondo del estómago.

Aunque solo hubiera sido un segundo, me odiaba porque siquiera se me hubiese ocurrido. No iba a engañarme a mí misma.

Sus manos, con aquel olor dulzón, empezaron a palpar mi cuerpo. Tenía miedo y vergüenza, y me dejé hacer.

—Eres muy guapa.

Sus palabras me dieron asco, me pusieron la piel de gallina.

—¡Para!

Sus manos se detuvieron.

—¡No me toques!

Al sacar aquella voz de mis adentros, logré moverme. Agarré lo primero que tenía a mano y le golpeé la cara. Era su chaqueta.

Aprovechando que se había echado hacia atrás, intenté levantarme del sofá cuando, de repente, se me lanzó por la espalda.

—¡Te he dicho que no me toques!

Me retorcí y le arreé un codazo en la boca del estómago.

Acerté de lleno. Quizá demasiado.

Al caerse del sofá, el jefe tiró una pila de libros y un lienzo.

—¡Oye, Reina! No lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

Su sonrisa frívola me resultó repulsiva. Ya no le tenía miedo.

—¡Claro que sí! ¡Largo de aquí!

Le lancé en plena cara la revista que tenía más cerca.

—Creo que ha sido un malentendido… ¿Por qué no lo hablamos?

No iba a dejarme engañar más por aquella sonrisa. Sentía lástima de mí misma por haber intentado caerle bien a un tipo como ese.

Agarré una de las patas sueltas del caballete en el que reposaba el lienzo.

Al verme, el jefe retrocedió y salió del piso.

Yo me dejé caer en el suelo con la pata del caballete aún en la mano.

Alguien abrió la puerta del piso. ¿Acaso había vuelto? Se me crispó todo el cuerpo. La que se asomó era la vecina.

—Reina, ¿estás bien?

Aquel rostro tan maquillado me dio tal seguridad en mí misma que me entraron ganas de llorar. Se me estuvieron a punto de caer las lágrimas, lo cual me produjo un ataque de rabia.

¡El muy asqueroso me había hecho llorar!

—¡Espera!

Me calcé las sandalias y salí corriendo.

El jefe fumaba un cigarro delante del coche de fabricación francesa del que tan orgulloso estaba. Su postura era repugnante.

Me miró de reojo con una sonrisa sarcástica. ¿Qué se creería que iba a decirle al verme venir directa hacia él?

—¡Espérame, capullo!

Al verme la cara, el jefe se subió deprisa al coche.

Cogí impulso y le solté una patada con todas mis fuerzas a la puerta. Esta hizo un ruido espantoso y le quedó una gran abolladura.

Al oír el escándalo, los vecinos salieron a la calle.

Mi jefe arrancó y se marchó a toda prisa. Debió de conducir como un loco, porque se oían bocinazos por doquier.

—¡Bien, Reina! —gritó mi vecina, como si fuese una de las típicas ovaciones que se hacen en los espectáculos de kabuki.

Aquí y allá aparecieron mirones y, un poco después, hasta hubo aplausos.

—¡Esto no es un circo! —los reprendí, y volví a entrar en casa.

Aún olía a aquel hombre. Estaba cabreada con él y conmigo. Había sido una idiota. Abrí la ventana para airear la estancia.

En aquel momento entró Mimi. Se acercó a mí en silencio. Su calor me consoló un poco.

—Mimi, hoy puedes quedarte conmigo.

Esa noche dormí con ella.

Necesitaba no pensar en nada durante un tiempo.

Empezó el segundo semestre.

Había faltado tanto que me costó seguir las clases teóricas y, en las prácticas, no pude presentar nada decente por falta de tiempo. Todo ello porque durante las vacaciones no había ni tocado los deberes.

Un profesor me mandó salir del aula por quedarme dormida durante la clase y le hice caso. Estaba tomándome una lata de refresco delante de la escuela cuando apareció Miyu. Tenía la sensación de que hacía mucho que no nos veíamos.

—Gracias por haber venido.

Miyu brindó conmigo con el café en lata que se había comprado.

—Tenía ganas de verte, Miyu.

Ella se rio, pero yo lo había dicho de veras.

Aunque, por medio de un correo electrónico, confesé a toda la gente que conocía en la agencia de diseño lo que me había pasado con el jefe, en la escuela aún no había dicho nada. No sabía si ella se había enterado.

—Conque no te has presentado al concurso, ¿eh?

Si no me lo hubiese dicho en ese momento, ni siquiera me habría acordado. Hacía tiempo que se había terminado el plazo.

—El único de mis alumnos que ha presentado algo es Masato.

Ese chico que va a tu clase.

Así que al final había participado…

—También ha ganado un premio en el concurso de antes del verano. Me ha contado que el maestro Kiri ya estaba en el jurado y que va a ser su mentor.

¿Cómo había crecido tanto en tan poco tiempo?

—¿En serio? ¡Qué grande!

Intenté decirlo de corazón, pero me salió una sonrisa forzada.

—Así que aplícate tú también, Reina.

Esas palabras me dolieron aunque no hubiese maldad alguna en ellas.

—Ya.

Lancé un largo suspiro.

—Creo que por fin lo he entendido. Siempre he creído que tenía talento. Todo el mundo me tiraba flores y me confié. Pero todavía estoy verde.

Miyu me escuchaba en silencio.

—Efectivamente, aún estás en pañales —dijo de repente una voz grave a mis espaldas y me di la vuelta.

—¡Kamada!

El veterano profesor asociado sujetaba en la mano una cajetilla de tabaco.

—¡No te metas en conversaciones ajenas!

Clavé la mirada en el pelo ralo del profesor y me entraron ganas de arrancárselo. Era plenamente consciente de mi falta de madurez.

—Pero si te has dado cuenta por ti misma es que todavía hay esperanza —añadió, y se marchó a la zona de fumadores.

Probablemente no hubiese mayores palabras de consuelo que esas. Pero no mejoraron mi estado de ánimo.

Masato iba por el buen camino. Yo no había hecho nada.

Me arrimé en silencio a Reina, que estaba tumbada.

—Me está ganando… ¡Qué digo! En realidad estoy fuera de competición. No he presentado nada.

Reina me acarició.

—¿Qué va a ser de mí ahora? Mi único fuerte es la pintura. Mimi, todo acaba volviéndose contra una. Todas las palabras que le dijiste a alguien a quien creías peor que tú: el «No tienes talento», el «Retírate», todo…

Reina temblaba.

—Necesito ayuda, no me soporto a mí misma.

Con la lengua recogí suavemente las lágrimas que corrían por sus mejillas. Estaban calientes y sabían a su vitalidad. Había perdido su fuerza. Por primera vez en mucho tiempo me acordé de Chobi.

5

Hacía una barbaridad que no veía a Chobi. Me pareció más pequeño de lo que recordaba. O quizá fuera yo la que había crecido.

Él, sin darle importancia a mi timidez, empezó a hablarme amistosamente, como si la última vez que nos habíamos visto hubiera sido el día anterior.

—Tranquila, Mimi, tranquila —me repitió una y otra vez.

—¿Cómo sabes que puedo estarlo?

Delante de Chobi siempre acababa usando ese tono mimoso.

—Porque no existen humanos que sean siempre fuertes o siempre débiles. Felicidades, por cierto —dijo mirando la hinchazón de mi vientre.

Dentro había una cría. Un retoño de Rabituerto. En comparación con Chobi, iba un paso por adelante en el camino hacia la adultez.

En otra época habría confiado en sus palabras, pero en ese momento me costó. La incertidumbre que sentía era terrible.

Empecé a prepararme para el parto. Seguía siendo yo misma, pero ya no estaba sola. Éramos yo y nosotros. Con lo débil que era, debía hacer acopio de fuerzas para lo que estaba por venir.

El arrojo para enfrentarme a cuanto tratase de arrebatarme a mi cría y el miedo a lo que pudiese ocurrirle a mi cuerpo se mezclaban en mi interior en un torbellino que me hacía dudar de mí misma.

Solo una cosa me daba fuerzas.

El deseo de no causar ninguna molestia a Reina.

Ella estaba sufriendo. No quería darle motivos de preocupación en un momento de fragilidad como aquel.

A medida que se acercaba el parto, fui actuando automáticamente, como movida por el instinto. Mis instintos sabían todo lo que debía hacer.

Me colé en el trastero comunal del edificio. Fabriqué un lecho juntando harapos de aquí y allá en un hueco entre unos esquíes y unos cartones. El rigor del invierno me había dejado agotada.

Cuando empezaron los dolores del parto, tuve una certeza: me faltaba el vigor necesario para aguantar hasta el final.

Era una gata pequeña y dura de oído, la más débil. Y ser madre no iba a compensar esos defectos.

Nació el primero. Rompí la bolsa para que respirase. Al oír un leve maullido, sentí una dicha inmensa. Me alegré de estar viva.

—Mimi…

Era la voz de Rabituerto.

En un momento como aquel no oí bien lo que me decía por culpa de mi sordera.

—¿Qué, Rabituerto?

Queriendo oírlo mejor, me acerqué a él. De repente a mi alrededor florecieron unos cosmos rosados. Desprendían una espléndida fragancia.

Rabituerto se fue alejando.

—¡Espera…!

En ese instante noté un dolor.

—¡Ay!

Alguien me había mordido la cola. Rabituerto y los cosmos desaparecieron. Estaba en un trastero penumbroso.

El que me había mordido era Chobi.

—¿Qué haces aquí?

Me dio rabia que hubiese invadido mi territorio.

—Voy a avisar a tu dueña —dijo Chobi manteniendo la calma.

—¡No lo compliques más!

El pelo se me erizó de la rabia.

—Pero ¿no ves que corres peligro?

Chobi no hizo caso de mis gritos y salió corriendo en medio de la nieve.

Al final no conseguí mantenerme fuerte hasta el último momento.

No sabía si eran los dolores del parto o los del corazón, pero no pude aguantarlo.

Seguro que Reina no me ayudaría si me viera en aquel estado.

Últimamente no veía a Mimi. A lo mejor ella también me había abandonado.

Y eso que le había comprado latas de comida para cuando viniese.

Algo blanco pasó corriendo al otro lado de la ventana.

¿Mimi?

Al abrir la puerta, vi un gato blanco con collar que me sonaba de algo. Era el mismo que había acompañado a Mimi hacía tiempo. Luego echó a correr, como invitándome a seguirlo.

Tuve un mal presentimiento y fui tras él.

Me llevó al trastero comunal del edificio. Allí encontré a una cría recién nacida que maullaba sin apenas fuerzas y a Mimi toda ensangrentada.

—¿Qu… qu… qué hago?

Estaba aturdida, pero tenía que hacer algo, así que llamé a todo el mundo.

El primero que cogió el teléfono fue Masato.

—Voy enseguida.

A pesar de mis balbuceos inconexos, Masato logró venir corriendo en taxi adonde estábamos.

6

Al poco tiempo llegó la primavera.

Mis crías llenaban el taller de Reina.

Un humano llamado Masato nos llevó a mí y a Reina al hospital, donde nacieron las demás crías. A raíz de ello, me había quedado una gran cicatriz en la barriga. No era agradable de ver, pero ahora me parecía a Rabituerto.

Reina observaba fijamente a mis criaturas.

«Ni se te ocurra abandonarlas. No dejaré que lo hagas».

—Mimi, no pongas esa cara. Te prometo que les encontraré a todos los hermanos unos dueños maravillosos.

Reina no paró de hacer llamadas y, tal como me prometió, consiguió que todas mis crías fuesen adoptadas por personas maravillosas. Yo misma lo verifiqué una por una. Cuando venía alguien que no me gustaba, las escondía.

Reina pintó un cuadro en el que salía yo con mis cinco gatitos.

Cada vez que lo veía, me preguntaba si se encontrarían a gusto.

Hubo además otro cambio: una vez dejados atrás el parto y la crianza, me instalé en el piso de Reina.

Pasé a ser su mascota.

O sea, me convertí en su gata.

III.
El sopor y el cielo

1

Ese día me enfadé con mi mejor amiga.

Mi querida Mari, con la que había ido al colegio desde primaria.

La conocí en cuarto. Ella era mayor porque se había pasado un año entero sin ir a clase por culpa de una enfermedad grave, aunque la diferencia de edad no nos importaba lo más mínimo.

—Cuando te conocí, Aoi, tuve la sensación de que eras idéntica a mí —me diría más tarde ella.

Me hizo ilusión porque yo había pensado exactamente lo mismo.

Nuestras familias pronto se hicieron amigas porque nos pasábamos todo el rato juntas, tanto en el colegio como en casa. Yo era hija única y consideraba a Mari como una hermana. De hecho, creo que aunque hubiese tenido una de verdad la relación no habría sido tan buena como con ella.

No sé si se debía a que estábamos todo el tiempo pegadas la una a la otra, pero nos parecíamos tanto, en el físico y en la personalidad, que incluso los profesores y nuestros padres decían que les costaba distinguirnos. Éramos almas gemelas.

Coincidíamos en todo: desde nuestra asignatura preferida (plástica) hasta nuestro plato favorito. Los programas de televisión y los cantantes que nos gustaban siempre eran los mismos. Incluso nos había ocurrido alguna vez que Mari se pusiera de pronto a tararear una canción que había estado sonando sin parar en mi cabeza.

¿Cómo era posible que coincidiéramos en una canción tan poco conocida? Las dos nos partimos de risa.

Hasta nos gustaba el mismo chico. Pero eso no afectó a nuestra relación porque ese chico que tanto nos gustaba era el protagonista de un manga. Nos apasionaba comentar sus encantos. Cuando fantaseábamos con ir con él a tal y tal sitio y hacer tal y tal cosa, Mari siempre se inventaba lo que él diría en tales situaciones.

Ella y yo pasamos la adolescencia divirtiéndonos en ese mundo construido por las dos.

A ambas nos gustaba dibujar, así que creamos nuestro propio manga y se lo enviamos por correo junto con una carta a una *mangaka*. Cuando por Año Nuevo recibimos de su parte una postal (¡una para cada una!), saltamos de alegría.

Al principio hicimos algo sencillo para enseñárselo a la *mangaka* y a nuestros padres, pero luego nos entraron ganas de crear algo más elaborado. Empezamos a inventar nuestros propios personajes en vez de imitar los de otra gente. A partir de cierto momento, Mari era la que concebía las historias y yo la que las dibujaba.

Ella sabía qué era lo que me apetecía dibujar mejor que yo.

A veces hacíamos fotocopias de las historietas en una tienda de veinticuatro horas, las grapábamos y las ofrecíamos en salones y otros encuentros. Sí: la gente se juntaba para vender esa clase de publicaciones.

Aunque nadie nos compraba nada, nos lo pasábamos genial.

Si bien acabamos trabajando cada una en lo suyo, Mari siguió visitándome a diario para hablar de nuestros mangas y nuestro mundo.

Un día encargamos a una imprenta una pequeña tirada de un tomo que habíamos hecho con fotocopias de la tienda de veinticuatro horas y, así, aumentamos el número de ventas.

En uno de aquellos encuentros, alguien de una editorial se acercó a hablarnos. Era el editor de una revista de manga conocida por todo el mundo.

¡Por fin nos habían descubierto!

Mari y yo nos alegramos tanto como cuando recibimos por

primera vez la carta de aquella *mangaka*. Sin embargo, ahora que lo pienso, fue por culpa de esa historia que nuestra amistad se resquebrajó.

Acordamos hacer un manga para enseñárselo al editor de la revista, pero al final el tiempo pasó y nunca llegamos a terminarlo.

Un día estábamos sentadas la una frente a la otra en un establecimiento de comida rápida especializado en pollo.

—Lo siento, Aoi —se disculpó Mari.

Yo me quedé callada y seguí comiendo de mal humor, con los dedos manchados de grasa.

Mari era incapaz de escribir. Pasaron tanto el plazo que yo había marcado como el que nos había indicado el editor, pero no se le ocurrió una historia nueva.

Si ella no escribía, yo tampoco podía dibujar nada.

Hasta entonces se había encargado de crear relatos para mí. Ahora debía escribir pensando en la figura indefinida y sin rostro de los lectores.

Yo creía que, si podía escribir para mí, podía hacerlo para cualquiera. De modo que, en mi cabeza, su incapacidad significaba que no se estaba esforzando lo suficiente. Me parecía que la excusa de que no se encontraba bien era una mera disculpa. Dejé de pensar en ella y me desasosegué porque veía que aquella oportunidad se nos escapaba de las manos.

Cuando la oí disculparse entre balbuceos, sentí rabia por primera vez en la vida.

—¿Por qué no te mueres?

La frase que le solté fue verdaderamente espantosa.

Mari la encajó en silencio. Nunca olvidaré su cara lívida. Al día siguiente, mis palabras se hicieron realidad.

Llegó la estación más fría e inclemente del año. La falta de presas que cazar impedía obtener los nutrientes y calorías necesarios y, encima, el frío no tenía piedad y lo dejaba a uno sin energía.

El invierno era la época en la que se morían los débiles.

Kuro ya ni sabía cuántas veces había sobrevivido a esa estación.

Caminaba a paso lento, abrigado por su espeso pelaje y meneando la gruesa capa de grasa que había debajo. Quizá no fuese agradable a la vista, pero esa grasa lo protegía.

Kuro no recordaba de qué color era realmente su pelo. En ese momento era una mezcolanza de todos los tonos entre el negro y el marrón[7].

Resultaba fastidioso tener que patrullar el territorio con aquel frío.

—Los años no pasan en balde… —susurró, pero no había ningún gato para escúchenlo.

Desde el fallecimiento de Rabituerto, Kuro se había convertido en el gato callejero más fuerte de la zona. Ningún felino quería juntarse con él.

Ser el rey era muy solitario. El resto de los gatos apenas se acercaban a él. De vez en cuando, algún valiente lo desafiaba para hacerse con el trono y salía escaldado.

Kuro tenía la cara llena de rasguños, pero la cola lisa como la de un gato doméstico. Jamás se había amilanado ante ningún rival.

Su territorio era extenso. Además, debía de rondar el territorio de otro gato porque se lo había pedido John, el perro. Kuro estaba en deuda con él.

No disponía de un sitio fijo donde alimentarse o dormir. Sentía que la ciudad entera era su hogar.

—¿Qué almuerzo hoy?

Una serie de menús desfilaron por su cabeza: las latas de comida que le daba la abuela del parque a la que le gustaban los gatos, los cubos de basura con la tapa floja que había detrás de los restaurantes chino e italiano, donde podía andar a su antojo… Ese día se decantó por aquellas galletitas crujientes que hacía tiempo que no probaba.

Una vez decidido, se puso en marcha.

A medida que se alejaba de la estación, la calle se ensanchaba y había menos edificios altos. Al pasar entre los árboles ya deshojados, se veía un santuario sintoísta.

Detrás del templo, se extendía una urbanización de casas con un terreno, todas cortadas por el mismo patrón. Uno acababa con una sensación de vértigo al ver que, por muchas esquinas que doblase y calles que atravesara, no había ni la menor variación en el paisaje. Era normal que ningún otro gato se acercase por allí.

Kuro frecuentaba una de aquellas viviendas.

Sin embargo, hacía tiempo que no iba. La última vez había sido en verano. Ya no se pasaba tanto porque se había producido un conflicto por un territorio entre gatos jóvenes y no podía quitarles el ojo de encima.

La última vez, el césped verdeaba; ese día, en cambio, estaba marchito. Sin embargo, la sensación que ofrecía al pisarlo era ahora más interesante.

Tras disfrutar a gusto del tacto de la hierba seca, se subió a un muro de bloques de cemento que había entre las viviendas y, de salto en salto, cruzó los tejados de plástico de los cobertizos para los coches. Desde allí llegó al balcón de un primer piso.

Allí había macetas vacías y, en el suelo, unas tijeras de podar oxidadas y otras herramientas de jardinería. Entre una suculenta mustia y un aparato de aire acondicionado habían dejado un plato de aluminio.

Kuro se subió de un brinco al aparato con la intención de echar un vistazo en el interior del piso. Habían corrido una gran cortina de flores. Al arrimarse a la ventana, notó la sensación helada del cristal.

—Miau, miau.

Probó a maullar con voz melosa. Si los demás gatos lo escuchaban, su imagen de jefe se iría al traste, pero se suponía que ninguno pasaba por allí.

Al tocar el cristal, quedó en él la marca de las almohadillas. En las esquinas de la ventana se acumulaba polvo. Parecía que llevaba tiempo sin abrirse. Y las plantas del balcón estaban totalmente descuidadas.

—¿Quizá… no están?

Siempre que venía había dos mujeres que le daban de comer…

«¡Cra, cra!». Un cuervo graznó como si se burlara de él, y Kuro se enfadó. Había agua sucia de lluvia en el plato de aluminio. Tampoco parecía que hubiesen acudido otros visitantes.

Kuro dio un gran bostezo y, en vez de resignarse, esperó un rato, aunque nada parecía indicar que fuesen a aparecer. Para una vez que venía, no estaban en casa.

—Yo también tengo mejores cosas que hacer…

Hambriento, Kuro echó a andar con la intención de rondar el siguiente territorio.

Me desperté con los graznidos de los cuervos.

La temperatura había subido en la habitación. Sentí el sol colándose entre las gruesas cortinas de flores.

En un primer instante no supe si era la mañana o la noche. Al arrastrarme fuera de las sábanas me reflejé en el espejo. El pijama estaba raído, ni siquiera sabía cuántos días lo llevaba puesto. Tenía el pelo horrible, hecho un asco. Hacía ya un buen rato que mis padres se habían ido a trabajar y la casa estaba en silencio.

Tenía hambre, pese a no haber hecho nada. Bajé y me dirigí a la cocina.

Sobre la mesa encontré un sándwich envuelto en film transparente, pero no me apeteció, y abrí la nevera. Dentro descubrí un recipiente con un *éclair*. Solo me supo bien el primer bocado. El dulzor acabó resultándome empalagoso y dejé más de la mitad.

Fuera aún se oían aquellos molestos graznidos. Tuve la sensación de que ahora había más cuervos que antes. ¿Estarían picoteando la basura en bandada? A lo mejor, alguien había tirado las bolsas de cualquier manera. Me faltaban fuerzas para ir a echar

un ojo. Hacía mucho tiempo que no salía.

Subí las escaleras arrastrando los pies.

Después de tirarme sobre la cama, me cubrí hasta la cabeza con la manta y me dormí con las piernas encogidas en posición fetal.

Oí un tintineo.

La Mari de primaria estaba en mi habitación.

Llevaba en la muñeca una pulsera de hilos de colores con un cascabel. Una de esas pulseras tejidas a mano. En esa época estaba de moda usar hilo de bordar. Mari las hacía muy bien y, aunque a mí se me daba mal trenzarlas, se alegró cuando le regalé una. Decían que si se rompía se te cumplía un deseo.

—Lo siento, Mari.

Me disculpé agarrando sus pequeñas manos. «Tilín, tilín». Sonó el cascabel.

—Era inevitable, Aoi.

Mari me sonrió con dulzura.

Me sentí aliviada y me entraron ganas de beber algo. De pronto, cambió el escenario: estaba en la sala de descanso de la primera empresa en la que trabajé y tenía un vaso en la mano. El fondo de la sala estaba oscuro y yo sabía que allí había algo escondido. Sin embargo, no podía escapar de allí.

—¡Aoi!

La pequeña Mari acudió a salvarme.

—No te preocupes por mí. ¡Escapa, Aoi!

Mari se adentró en la oscuridad. A mí me entró miedo y hui.

La dejé a su suerte.

El escenario se transformó en una piscina sin agua. El fondo estaba pavimentado con pequeños azulejos; por él corría sin fuerza un poco de agua y había bolsas de basura esparcidas por cuyos rasgones se derramaban los desechos.

Había acabado allí por culpa de haber abandonado a Mari.

—Perdón, Mari…

«Tilín». El cascabel.

—¡Aoi!

Mari estaba sentada en el trampolín.

—Escapa, Aoi —me dijo sonriendo.

—Mari…

Mi amiga me había perdonado. Me creí salvada pero, al mismo tiempo, sentí que era mentira. Aquello no era lo que Mari pensaba de mí. Sabía que era solo un sueño que mi mente me mostraba para protegerme.

En el fondo de la piscina había tiradas unas hojas de periódico húmedas que se movían como una criatura viviente.

Dentro del sueño oí graznidos y me desperté.

Fuera chirriaban los cuervos.

Había visto a Mari en sueños.

Ella ya no existía en este mundo.

«¿Por qué no te mueres?».

Al día siguiente de haberle dicho eso, Mari sufrió un infarto agudo de miocardio y dejó esta vida.

Cuando cogí el móvil fue su madre, desde el número de Mari, quien me lo comunicó. «Infarto agudo de miocardio» no era el nombre de una enfermedad ni el causante. Tan solo indicaba que la habían encontrado con el corazón parado.

Siempre había tenido el corazón frágil.

Pero yo lo sabía. La que la había matado seguramente había sido yo.

Quise ir corriendo a verla, pero tan pronto di un paso fuera de mi casa sentí una presión en el corazón que no me dejaba respirar. Se me nubló la vista y me costó tenerme en pie, parecía que me estuviera dando una lipotimia.

Era un trastorno mental bastante frecuente; el nombre no importa.

A partir de entonces, fui incapaz de dar un solo paso fuera de casa.

Al asomarme sobre el tablero de la mesa del *kotatsu*[8] mi mamá salió de debajo y se tumbó encima del faldón.

Mamá decía que le encantaba salir a enfriarse sobre el faldón después de calentarse en el brasero y, una vez fría, volver a colarse dentro.

—¡Mira, mamá! —La llamé.

Ella estaba acostada.

—Te estoy viendo, *Cookie*.

Mamá me observaba fijamente, con los bigotes y las orejas de punta.

Soy una cría y me llamo *Cookie*. Reina me puso ese nombre porque tengo el pelo blanco con rayas de color chocolate, como las «galletas mármol». No sé qué es una galleta, pero seguro que es algo genial.

—¡Ahí voy! —dije, pero para saltar hacía falta preparación mental.

Iba y venía sobre el tablero de la mesa, asomaba la cabeza, me echaba atrás. Así hasta que reuní valor para bajar de un salto.

Y por fin me lancé con todas mis fuerzas.

¡Pof! Aterricé sobre el faldón del brasero al lado de mi mamá.

—¡He saltado! ¡Qué divertido!

Mamá se puso contenta.

—¡Bravo! Qué mayor, *Cookie*.

Mi mamá me agarró y me lamió de arriba abajo. Al acicalarme, me hizo cosquillas y daba gustito, así que ronroneé.

—Un día saltaré de un sitio mucho mucho más alto —le dije a mamá frotando contra ella la parte de atrás de la cabeza.

—Seguro que lo conseguirás.

—Podré saltar del techo, de un tejado, de cualquier parte.

Estaba segura de que podría saltar desde cualquier sitio.

En aquella habitación había varios puntos desde los que podía practicar: un utensilio que Reina usaba para pintar, una pila de revistas, un cajón medio abierto. De ahora en adelante iría dominándolos todos, uno por uno, con la supervisión de mi mamá.

—Vale. Me parece buena idea.

Mamá volvió a pasarme la lengua por encima.

Yo tenía cuatro hermanitos, pero a todos se los habían llevado otros dueños. En el piso de Reina solo quedaba yo. Nadie me había adoptado porque era la más pequeña y siempre estaba malita. Me ponía triste que no me quisieran, pero estaba muy contenta de poder quedarme con mi mamá.

Mientras practicaba los saltos con ella, entró una brisa fría. La puerta se había abierto.

—¡Hola!

Era Reina.

Al volver al piso, *Cookie* se acercó dando pasitos, pegada detrás de Mimi.

Después de olisquearme, Mimi restregó la parte de atrás de la cabeza contra mi pierna.

—¿Huelo al exterior? —le pregunté.

Cookie se puso a olfatearme imitando a su madre.

La verdad es que las crías de gato son monas hasta decir basta. Cada vez que miraba a *Cookie*, me entraban ganas de echarme atrás, pero no podía dejarme arrastrar por ese sentimiento.

Cogí a *Cookie* y a Mimi y me las llevé conmigo al *kotatsu*.

—He encontrado a alguien que cuidará de *Cookie*.

¿Me habría entendido? A Mimi se le erizaron los pelos.

Quizá ella pretendiese seguir cuidando a la frágil y pequeña *Cookie*. Pero tener dos gatas en casa viviendo sola no era sencillo. De

día iba a clase y, dentro de poco, tendría que desplazarme a otra región para la prueba de acceso a Bellas Artes.

—Mira, Mimi, *Cookie* se quedará en el barrio, así que podrás verla siempre que quieras.

Ella hizo caso omiso a mis palabras, agarró a su cría por el cuello con la boca y se metió en el *kotatsu*. «Miau», dijo *Cookie* allí dentro. No debía de entender qué ocurría.

Entonces Mimi salió sola y me soltó un zarpazo en la pierna.

—Esta cría aún es muy pequeña para quedarse sola —me pareció que había querido decirme.

A la tarde siguiente vino la persona que adoptaría a *Cookie*. Una mujer del barrio que había localizado mi abuela. La verdad es que cada vez estaba más en deuda con ella.

En edad la situaría entre mi madre y mi abuela, pero para sus años tenía muy buen gusto vistiendo.

Al ver el detalle que me trajo, no pude contener la risa.

—Es que a la cría la llamo *Cookie*.

—Ah, ¿sí? ¡Vaya!

La señora se rio con elegancia. Me había traído unas galletas.

—Entonces yo también la llamaré *Cookie*.

—Puede ponerle el nombre que quiera.

—Me ha gustado. Es muy cuco.

Me gustó que fuese tan agradable.

—¿Alguna vez ha tenido gatos? —le pregunté por si acaso mientras le servía té.

—Sí, cuando mi hija era pequeña… Hace casi veinte años. El día que se murió, mi hija no paró de llorar y me juré que nunca más iba a tener gatos, pero ya ves.

—Si no es la primera vez, me quedo más tranquila.

En el transportín recién estrenado que había traído la señora metí la manta preferida de *Cookie* y una bolsa de plástico llena de arena para que la gata hiciera sus necesidades. *Cookie* olisqueó entusiasmada la jaula y entró por sí misma. Era una gata muy

complaciente.

La señora se acuclilló y miró a Mimi de frente.

—Voy a llevarme a la pequeña, ¿de acuerdo?

Había una sombra de hostilidad en la mirada de Mimi. Me apresuré a cogerla en brazos. Tenía la cola crispada, señal de que estaba bastante enfadada.

—Estoy muy contenta de que te vengas con nosotros, *Cookie*.

La señora se puso a hablar con *Cookie*, que estaba atontada dentro del transportín.

Mimi saltó de entre mis manos y empezó a afilarse las uñas con fuerza contra el rascador. Debía de estar calmando los nervios.

Tras darle algunas explicaciones sobre la comida preferida de la gata y cómo educarla para que hiciera sus necesidades, la señora se marchó del piso con *Cookie*.

«Miau», maulló Mimi.

—Iré a verte, *Cookie*.

La cría soltó un maullido lastimero.

—Júramelo, mamá. Prométeme que vendrás.

La conversación entre las dos era tal que así en mi mente.

Y de ese modo se marchó la última cría.

—Se ha ido, ¿eh? —le dije a Mimi mientras le acariciaba suavemente el lomo.

2

—Qué silencio…

En la casa anterior siempre había bullicio y Reina o mamá se ocupaban de mí. Aquí, en cambio, la señora que me trajo y su marido salían temprano y regresaban de noche.

Yo me quedaba sola, y me pasé los primeros días llorando hasta que me acostumbré y acabó por salirme la vena exploradora.

Al principio jugaba a subir y bajar las escaleras. Como en el piso de Reina no había ninguna, aquello era toda una novedad. Luego bebía agua y, después de comer unas galletitas para gatos, buscaba un sitio en el que dormir.

En busca de un sitio donde diese el sol, probé a explorar el piso de arriba. Al entrar por una puerta medio abierta, estuvo a punto de pararseme el corazón.

La habitación estaba a oscuras, pero dentro había una humana sentada.

La cola se me puso de punta y di un brinco hacia atrás con las cuatro patas. El ruido llamó su atención. Llevaba la melena recogida de cualquier manera. Y vestía una ropa parecida a la que Reina se ponía para dormir.

La luz de fuera se colaba vagamente a través de unas cortinas de flores que tapaban la gran ventana.

La chica se volvió poco a poco hacia mí.

—Sal —me dijo.

Así, de golpe. Yo le pregunté:

—¿Tú quién eres?

Pero ella solo respondió otra vez:

—Sal.

El ambiente de la habitación me recordaba al piso de Reina. Pero aquí había muchos más libros y objetos.

Me acerqué para olisquearla. Olía a presa. Al abatimiento de quien es cazado.

Ella me tocó. Al hacerlo, noté una picazón, como si me hubiera transmitido su dolor.

«¡Craaa!».

Un ruido fuera de la ventana me hizo saltar de nuevo hacia atrás con las cuatro patas. Al otro lado de las cortinas surgió junto con un aleteo la silueta de un gran pájaro.

Esta vez sí, asustada, eché a correr como loca por la habitación. ¡Necesitaba un escondite, donde fuera! Corrí a toda velocidad por debajo del escritorio, detrás del radiador, entre las revistas apiladas.

—¡Para! —gritó ella con voz áspera.

Yo me encaramé a la repisa más alta y, una vez allí, crispé la cola.

—Mi habitación…

La humana se tapó la cara y se echó a llorar.

¿Por qué estaría llorando?

Cuando me di cuenta, la silueta del pájaro había desaparecido. Poco había faltado. Empecé a acicalarme para recobrar la calma.

Entonces descubrí que tenía un bonito cordel prendido a la pata. Era redondo y con un cascabel plateado. Debía de habérseme enganchado mientras corría.

Bajé despacio de la repisa y me acerqué a la humana, que aún lloraba.

«Tilín».

El cascabel sonaba cada vez que me movía. Qué fastidio.

—Oye, me gustaría que me quitaras esto.

Ella paró de gimotear y, tras mirarme, agarró el cordel con el cascabel y empezó a llorar con más fuerza que antes.

Yo no entendía nada.

—Gracias. Gracias por haberla encontrado.

La humana me abrazó y parpadeó despacio. Ese gesto me tranquilizó.

—*Cookie*.

Yo respondí con un maullido.

—*Cookie*, soy Aoi. Encantada.

Luego me dio de beber.

Mientras contemplaba la pulsera que tenía en la mano, me dije que aquello parecía un sueño.

Estaba en contra de traer un gato a casa. Pensaba en qué pasaría si manchaba mis mangas y me repateaba porque se notaba a leguas que lo hacían como una forma de terapia para mi enfermedad. Tenía la impresión de que si lo admitía, me pondría mala de veras.

Pero aquella cría, *Cookie*, había encontrado la pulsera de Mari. Hacía mucho tiempo que la había perdido en mi habitación.

Cookie lamía el agua desaforadamente.

A Mari le gustaban los gatos. De hecho, si no recordaba mal, la primera vez que vino a mi casa fue porque me dijo que quería ver a nuestra gata. La gata que mis padres tenían desde antes de que yo naciera se llamaba Jessica, era viejecita y muy tranquila. Me acuerdo de que, cuando murió, Mari y yo lloramos desconsoladas y fuimos juntas al crematorio.

Luego mi madre no quiso volver a tener mascotas, pero Mari y yo nos esforzamos por alimentar a los gatos callejeros que había en la zona.

A mi casa solía venir uno grande y sucio. Aparecía de vez en cuando, masticaba la comida crujiente que le ponía en el balcón y se marchaba. El dinamismo con el que comía era digno de ver.

—Gracias, *Cookie* —le dije.

—Miau —me contestó.

La casa de Aoi tenía dos plantas y en ella vivían los tres juntos: Aoi y sus padres. Él no parecía demasiado interesado en mí ni yo en él. La madre era la señora que me había traído. Como siempre me saludaba, cuando me apetecía le contestaba con un maullido. Ella regresaba cada mediodía, preparaba la comida de su hija y volvía a marcharse con prisas.

Al mediodía, Aoi se levantaba y almorzaba en silencio. Pero antes me daba de comer.

Así que Aoi era mi dueña y yo era su gata… o eso creo.

Ella se pasaba el día en casa y la mayor parte de las veces, por la cara que ponía, era difícil saber si estaba viva o muerta. A pesar de todas las diversiones que había que en su habitación, jamás la vi entretenerse con ellas.

Si la invitaba a jugar, se quedaba mirándome abstraída sin hacer nada.

Sin embargo, tampoco me dejaba salir de casa.

Aoi se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama con los ojos cerrados y dormía tanto como los gatos. No obstante, a diferencia de nosotros, a veces lloraba. Mamá me enseñó que, cuando una llora todo el rato, se le hincha la parte de debajo de los ojos y se le pone un aspecto horrible. Yo se lo advertí a Aoi, pero no sé si me entendió.

Desconozco por qué estaba tan triste.

A veces, yo lloraba porque quería ver a mi mamá, pero no estaba siempre triste como ella.

De vez en cuando, sentía angustia al mirar a Aoi.

Ese fue el primer invierno de mi vida que pasé dentro de una habitación en silencio, casi conteniendo la respiración.

3

La primavera llegó casi sin verla venir.

En invierno no pegaba ojo. De noche, me sentía con ánimo para salir al exterior a la mañana siguiente, pero luego amanecía y solo de pensarlo notaba una desazón tremenda. ¿Qué pasaría si me entrase otra vez aquel dolor insoportable que me oprimía el corazón? ¿Qué pasaría si me quedase sin respiración? El cuerpo se me ponía rígido tan solo de pensar en salir. Tenía un miedo horroroso.

Pese a ello, las ganas de salir estaban ahí. Así que poco a poco fui reduciendo aquellas cosas que podía hacer en casa. Quizá, si al final no tenía nada que hacer, acabase saliendo.

Me deshice del teléfono móvil, de la televisión, de los libros y los mangas. Pero aun habiéndome sacado todo ese peso, seguía siendo incapaz de moverme.

No hacía más que culparme a mí misma por representar una carga tanto para Mari como para mis padres.

Últimamente también me había dado por comer sola. No quería que nadie me viese.

La ansiedad era constante y, aunque amenazase con aplastarme, no podía hacer nada.

Tampoco soñaba ya con Mari.

Hasta los fantasmas me habían abandonado.

Con la primavera florecieron los cerezos. Nunca había visto algo tan bonito.

Fue el único momento en el que Aoi, que siempre tenía las cortinas cerradas, las descorrió y contempló las flores de los cerezos a mi lado.

Sentí entonces una presencia en el balcón.

«¡Quien da primero da dos veces!», pensé, y acto seguido traté de intimidar a lo que quiera que allí hubiese. Tras el cristal apareció un gran gato orondo de pelaje sucio.

—¿Algún problema conmigo? —me dijo amenazante.

—¡Pues sí! Atácame si te atreves.

«Pam, pam», golpeé el cristal. Estando la ventana de por medio, no le temía a nada. Me sentía segura por muy fuerte que fuera el que estaba al otro lado.

—Esa impertinencia te viene de casta —dijo entonces el gato gordo.

—Mi mamá no es ninguna impertinente.

Me molestó un poco que hablase mal de mi mamá.

—No hablo de tu madre, sino de tu padre.

—¿Conoces a mi papá?

—Yo conozco a todo el mundo y lo sé todo.

—Entonces quiero preguntarte algo.

—¿Sobre tu padre?

—No.

De papá ya le había oído contar muchas cosas a mamá.

—De Aoi. Es que soy su gata. ¿Qué puedo hacer para animarla?

—Eso no lo sé.

—¡Acabas de decir que lo sabes todo! ¡Mentiroso!

—Qué cría tan pesada…

El gato gordo me lanzó una mirada airada en el momento en

que, de pronto, Aoi abrió la ventana.

¡Pero cómo se le ocurría!

Yo me acobardé y, de un brinco, me escondí debajo del escritorio. Algo se me enganchó y desordené las cosas de Aoi.

El gato gordo puso una sonrisa socarrona. Aoi echó galletitas crujientes en el plato de aluminio del balcón. Él se abalanzó sobre la comida.

Su forma de comer era hipnotizadora.

—Tenías hambre, ¿eh?

En vez de contestarme, el gato gordo siguió engullendo. Luego se relamió el hocico.

—En agradecimiento por la comida, voy a preguntárselo.

—¿A quién? ¿Puedes hablar con Aoi? —le dije animada.

—No, se lo preguntaré a John. Él lo sabe todo.

Dicho eso, el gato gordo saltó a la barandilla del balcón. Entonces volvió la cabeza hacia nosotras.

—Me llamo Kuro. Si vas a vivir aquí, al menos apréndete el nombre del jefe.

—Eres un chulito.

Tras ver cómo Kuro se marchaba, observé cómo Aoi recogía los objetos que yo había desparramado. Entre sus cosas había material de pintura como el de Reina.

Reina siempre estaba pintando; en cambio, nunca había visto a Aoi hacerlo en esa habitación. Ojalá algún día se pusiera a pintar.

Kuro y los cuervos no eran los únicos que me visitaban.

De vez en cuando, Chobi, un gato blanco que era amigo de mamá, se pasaba a ver qué tal estaba.

—¡Hola, *Cookie*!

Siempre era plácido y caballeroso.

—Buenos días, Chobi. ¿Está mamá bien?

—Sí, pero ¿sabes qué? El otro día se manchó el costado derecho con pintura rosa.

Él y yo nos reímos entre dientes imaginándolo.

Kuro, el gato callejero, no me caía bien porque nunca me prestaba atención; Chobi, en cambio, sí me escuchaba.

Mamá me había dicho que, si algún día me casaba, lo hiciera con un gato que fuese buen cazador, pero yo quería a alguien como Chobi.

4

Llegó el verano y se acercó el primer aniversario del fallecimiento de Mari.

Había pasado un año desde que la maté.

—¡Ya os he dicho que no pienso ir! —chillé con todas mis fuerzas. Si apenas se oyó era porque tenía la voz tomada.

—Ve, por favor.

Mi madre tenía el gesto serio.

—No voy a ir.

—¿Hasta cuándo piensas seguir así?

Ella tenía razón. Lo sabía. Pero aunque mi cabeza fuera consciente, no podía controlar mis emociones.

—¡Cállate!

—Es el primer aniversario de Mari. Y ni acudiste al funeral ni has ido a verla al cementerio.

Ya lo sabía, lo sabía todo. Y en realidad quería ir. Quería arreglarlo de una vez por todas. Pedirle perdón frente a su tumba.

—¡Lárgate!

Pero no valía de nada.

De un empujón eché a mi madre del cuarto. Cerré de un portazo. *Cookie* se encogió.

Mi madre siguió diciéndome algo desde el otro lado de la puerta, pero tapé sus palabras chillando cosas sin sentido.

Al poco rato oí cómo bajaba las escaleras. Eran los pasos de un cuerpo agotado.

Entonces empezaron a caérseme las lágrimas y no paré de llorar.

Kuro y la propia Aoi me contaron qué le ocurría.

—Soy incapaz de visitar la tumba de Mari o de ir a su casa. Pero ¿por qué no consigo salir? —dijo Aoi entre lágrimas.

Si estaba en aquella habitación no era porque se sintiese a gusto. Es que no podía salir. Y por muy cómodo y seguro que fuese, era duro permanecer en el mismo sitio tanto tiempo.

Aoi lloró un rato largo en la cama. Yo quise consolarla, pero se había encerrado en sí misma.

Un graznido rasgó el aire y Aoi se encogió.

Un cuervo descendió planeando hasta el balcón. Luego otro y varios más.

Enseguida comprendí el significado de aquellos graznidos.

Estaban esperando que Aoi muriera para comérsela.

Resultaba que existía alguien más débil que yo en el mundo.

Un sentimiento que nunca antes había experimentado brotó en mi interior.

Iba a proteger a Aoi. Estaba decidida.

«¡Ffff!».

Bufando con todas mis fuerzas, salté contra las sombras que se proyectaban en la cortina.

El estruendo al chocar contra el cristal fue más fuerte de lo que me hubiera imaginado. Los cuervos también debieron de sorprenderse. Se marcharon volando con un ruido de aleteo.

—¿Estás bien, *Cookie*?

Dentro de mí había emoción por haberlo conseguido y preocupación por Aoi. Incapaz de reprimir los sentimientos que afloraban desde el fondo de mi corazón, me puse a dar vueltas y más vueltas alrededor del cuarto de Aoi.

5

Vino el otoño. Igual que los árboles perdían sus hojas, Aoi se desmejoró y las riñas con su madre fueron en aumento.

A veces no se levantaba de la cama en todo el día y entonces yo me busqué un método para poder comer las galletitas crujientes por mí misma en ocasiones como esas.

Un día otoñal, Chobi apareció a la caída del sol, una hora a la que no solía venir.

—Mira, *Cookie*. No sé cómo decírtelo, pero Mimi no se encuentra bien.

—¿Mi mamá?

—Dice que quiere verte.

—Pero no me dejan salir.

—Ya lo sé. Si quieres transmitirle algo, yo le daré el recado.

Estuve pensando un rato, pero no se me ocurrió nada decente.

—Dile que mucho ánimo.

—De acuerdo. Seguro que se alegrará.

Aoi se levantó. Tan pronto la vio acercarse, Chobi desapareció súbitamente del balcón.

—Oye, Aoi, me gustaría ver a mi mamá. Quiero ir a visitarla.

Aoi acarició mi pelo en silencio. El cascabel de la pulsera que llevaba atada a la muñeca tintineaba.

Ella no entendía mis palabras. No quería dejar que me marchara.

Entonces empecé a enfadarme. Al morderle la pulsera, dio un tirón.

—¡No! ¡Para, *Cookie*! —gritó—. ¿Por qué me haces eso?

—¡Por favor, Aoi! Quiero ir con mi mamá.

—¡Qué pares! ¡Largo de aquí!

Aoi me quitó la pulsera y se metió debajo del edredón.

Decidí ir sola a ver a mi mamá.

Al mediodía, cuando la madre de Aoi vino y se puso a recoger la colada, me escapé a hurtadillas por el tendedero y salí por el tejado.

«Podré saltar incluso desde el tejado», le dije a mi mamá en su día.

«Claro que sí. Seguro que serás capaz».

Me pareció oír su voz. Entonces me lancé decidida al vacío.

Cookie se había escapado.

Seguro que era culpa mía.

«¡Largo de aquí!», le había gritado.

Una gata que se había pasado media vida metida en casa no podría sobrevivir en el mundo exterior. Mi anterior mascota, Jessica, también se escapó y la encontramos muy cerca, atropellada por un coche.

Cookie no conocía bien aquel terreno, así que no sabría regresar.

Y justo en ese momento mis padres estaban en el trabajo.

Tenía que ir a salvarla.

Pero era incapaz de moverme. No podía valerme, ni física ni mentalmente.

El hecho de no haber sido capaz de ir al aniversario del fallecimiento de Mari me rompió por dentro de un modo fatal.

Ahora tan solo era un ser que respiraba.

¿Qué podía hacer?

Nada. Solo temblar y cubrirme con el edredón.

¡Mari, Mari, por favor, ayúdame!

Un mundo sin techo.

Alcé la vista y me entró un miedo terrible a que aquel cielo azul y transparente me tragase. Corrí procurando no mirar hacia arriba.

Corrí y corrí hasta que por fin me di cuenta de que ese mundo no era como yo pensaba. Su vastedad superaba con creces lo imaginable.

Tenía miedo.

El mismo que, a buen seguro, sentía Aoi.

Creí que con salir y correr un poco enseguida alcanzaría a mi mamá. Chobi y Kuro siempre venían a casa como si nada.

Sentí un olor a otro gato.

De repente me asusté y me eché a correr para huir de aquel olor.

En ninguna parte había nadie que pudiera protegerme.

No sabía que el mundo fuese tan grande y complejo.

Recorrí callejones que nunca había visto y, cuando me cansé, decidí hacer una pausa bajo un arbusto alto. Fue un error.

Cuando me di cuenta, ya era tarde. Delante de mí había un gato fornido.

—Largo.

Su voz era gélida.

—Espera.

El gato sacó sus afiladas garras y me atacó. Yo escapé a toda prisa, pero no pude evitar que me arañara el nacimiento de la cola.

Sentí dolor, humillación, un escozor en el trasero, pero no paré de correr. No tenía ni idea de dónde estaba. «¿Sabré regresar a casa?», pensé, y me entraron ganas de llorar, pero me aguanté. No quería que el gato de hacía un instante me oyese y se acercara.

Lo había pensado cientos de veces.

Si aquel día hubiese ido a verla de inmediato y me hubiese disculpado («Lo siento, lo que te dije fue espantoso»), Mari quizá no habría muerto.

Si hubiese hecho algo… quizá habría sido distinto.

No quería que se volviera a repetir.

Si socorría a *Cookie*, quizá podría salvarla.

No quería que nadie más muriese por mi culpa.

Tenía que salvarla.

Ella también me había salvado de los cuervos.

Esta vez me tocaba a mí.

Salí de la cama y me puse una chaqueta.

¡Mari, dame fuerza! Aunque no sea digna de pedirte nada.

«Tilín». La pulsera de Mari me dio valor. Podía moverme con desparpajo dentro de casa. A mi cuerpo no le pasaba nada, todo iba bien.

Esta vez saldría al exterior.

Entreabrí la puerta de la entrada con una seguridad inusitada.

En el mismo instante en que lo hice perdí el coraje. Las piernas se me paralizaron.

No pude avanzar ni un paso fuera. Daba igual que equivaliese a un paso dentro de casa.

Era como si un vacío me acechase sigilosamente al otro lado del recibidor. Me costaba respirar.

Era inútil. Nunca podría salir.

Se me nubló la vista. Cerré la puerta. Me agaché tambaleándome.

La mano derecha se me había crispado de un modo que no era natural.

«Tilín».

La pulsera se enganchó del pomo de la puerta y se me soltó.

Maldita sea.

Acuclillada, estiré la mano para coger la pulsera y todo mi cuerpo cayó contra la puerta.

«Tilín».

Tenía la pulsera de Mari en la mano.

Casi sin darme cuenta, había dado un paso adelante para agarrarla.

Una de mis piernas ya estaba fuera del recibidor.

Noté que palidecía. Todo iba bien: tenía la pulsera de Mari.

Estaba en mi mano, rota.

¡Claro! ¡El deseo se había cumplido! La pulsera de Mari me lo había concedido.

Ya podía salir al exterior.

Di un paso al frente. Esta vez por voluntad propia. Tenía ambas piernas fuera de casa.

Allí afuera el mundo no tenía techo.

Gracias, Mari.

Me eché a andar segura de mí misma.

Ahí voy, *Cookie*.

Anduve penosamente por un camino a la vera del río. El sol ya se había puesto.

Me estremecía lo alargada que era mi sombra.

Estaba oscuro, hacía frío, tenía miedo; cada vez que oía el graznido de un cuervo me asustaba y me escondía. Estaba tan desamparada que no sabía qué iba a ser de mí.

Fatigada y con hambre, preferí dar vueltas en busca de comida antes que regresar a casa. No sabía cómo cazar ni dónde podía encontrar alimento. Así que lo único que podía hacer era deambular

a ciegas.

De pronto noté un olor apetitoso. A arroz y caldo de pescado. Dirigiéndome en línea recta hacia el origen de aquel aroma, descubrí un plato de cerámica con comida. Arroz mezclado con otros ingredientes y cubierto de *katsuobushi*. Estaba tibio.

Quizá fuese la comida de otro gato. Pero ¡qué importaba! Me abalancé sobre ella sin pensármelo dos veces. Nunca había probado algo tan rico.

—Esa comida es mía.

Oí una voz a mis espaldas y el corazón estuvo a punto de pararseme. Me giré con miedo, no sin antes llenarme los carrillos por última vez.

Era un gato callejero, muy grande, gordo y redondo. Me tragué la comida de sopetón.

—¡Kuro!

—Así que la hija de Mimi aún se acuerda de mí.

—Me llamo *Cookie*.

—¿A ti también te han abandonado?

—¡No! Aoi nunca lo haría.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—He salido para ver a mi mamá —le dije con un entusiasmo fingido.

—Conque has salido, ¿eh?

Kuro se rio con malicia.

—¿Qué?

—Sígueme.

Él echó a andar. No tuve más remedio que ir tras él.

—¿Tú también estabas enamorado de mamá, Kuro? —le pregunté, ya que él no decía nada.

—¿De qué me hablas?

—Es que todos los gatos de esta zona estaban enamorados de ella.

—Tu madre es una creída.

—O sea que…

—Tú cállate y sígueme.

Gracias a Kuro estaba mucho más tranquila y habladora, aunque dijera lo que le dijese él no contestaba a mis palabras.

Recorrimos un buen trecho y, justo cuando empezaban a dolerme las patas, aumentaron los olores familiares.

Olor a hojas marchitas, a una especie de aceite de resina de pino… ¡El mismo que Reina usaba para pintar!

Adelanté a Kuro y eché a correr.

Daba igual que el sol se hubiera puesto: era inconfundible. Aquel era el piso de Reina y de mamá.

Respiré hondo y maullé.

No hubo respuesta.

—No están ni mamá ni Reina.

—A lo mejor… es que ya…

Kuro frunció el ceño.

—¡No digas eso!

Un pensamiento horrible brotó del fondo de mi corazón. Quizá ya no pudiese ver a mi mamá.

—¡*Cookie*!

Una voz me llamaba. Aquella voz…

—¡Aoi! —Maullé con todas mis fuerzas.

—¡*Cookie*!

Entonces la vi llegar. Nunca hubiese creído que vendría a buscarme.

Traía una chaqueta encima de la ropa de dormir y unas sandalias sin calcetines.

Salté a su regazo.

Tan pronto me vio, rompió a llorar en alto.

—¡Qué alegría, Aoi! ¡Has conseguido salir de casa! —Maullé feliz.

—Cuánto me alegro —dijo Kuro antes de marcharse corriendo.

La próxima vez que viniera de visita a casa, le pediría a Aoi que lo agasajase con un festín.

De pronto se oyó un coche acercándose. Era un taxi.

Del vehículo bajó Reina con un transportín.

—¡Reina!

Nunca la había visto tan sorprendida.

—¿¡*Cookie*!?

Volví a maullar en alto.

—E… Eh, yo soy la…

—La dueña de *Cookie*, ¿verdad? ¿Habéis venido a hacernos una visita? Pasad —dijo Reina abriendo la puerta del piso.

—¿Y mamá? ¿No está? —le pregunté a Reina.

—Tranquila, enseguida la verás.

En el piso por fin pude reunirme con mi mamá.

Cuando salió del transportín, llevaba enrollado un collar grande y aparatoso y, tenía una de las patas traseras vendada. No me imaginaba que mi madre fuese tan pequeña.

—*Cookie*, ¡cómo has crecido!

Aunque estaba débil, su voz era estable.

—Mamá, ya ha pasado todo, ¿a que sí?

—Sí, cariño.

Yo la olfateé y ella me acicaló como antaño.

Al cabo de un rato, mamá se quedó dormida.

Aoi, Reina y yo permanecimos mirándola fijamente.

—Pronto estará mejor —dijo Reina.

—Sí —contestó Aoi.

IV.
La temperatura corporal del mundo

1

Mañana de verano.

Escapando a los rayos del sol, Kuro esperaba «el momento» agazapado sobre un fresco muro de bloques. A lo lejos, se oía el tenue sonido de un programa radiofónico de gimnasia.

Cuando de cazar se trataba, Kuro podía esperar pacientemente cuanto fuera necesario.

Al fin apareció su presa.

Un plato lleno a rebosar de albóndigas.

Una mujer de edad avanzada lo colocó delante de la caseta del perro.

Era la hora de la caza.

Kuro arrojó su voluminoso cuerpo al vacío. Dio una voltereta en el aire y aterrizó sobre las cuatro patas. Amortiguando el impacto con todo el cuerpo, aprovechó el retroceso para salir despedido hacia delante.

Tenía el objetivo a un paso.

Pero la reacción del enemigo no fue menos rápida. Una gran sombra saltó del interior de la caseta y se abalanzó sobre el plato de albóndigas.

Si Kuro hubiese ido directamente a por la comida, el enemigo lo habría atrapado. Pero su objetivo no era la carne, sino el plato de agua que había al lado. Inclinándose casi del todo, arañó con la pata delantera la superficie del agua y trazó un arco. La salpicadura mojó la cara del enemigo y lo obligó a cerrar los ojos.

Entretanto Kuro se hizo con una albóndiga.

Deliciosa.

—¡Magnífico! Me has robado una —dijo el enemigo (es decir, John) antes de también hincarle despacio el colmillo a una de aquellas bolas de carne.

El elogio de John le levantó el ánimo. A Kuro, el jefe de los gatos, y a John, el perro, los unía una larga amistad. La mayor parte de dicha relación había consistido en una batalla por ver si Kuro podía o no birlarle comida a John.

—Ya no soy el de antes. No me puedo creer que me hayas engañado, Kuro.

—Me he vuelto más espabilado.

Kuro y John, en un principio enemigos, se reconocían ahora como émulos y sentían un gran respeto el uno por el otro.

Pese a que casi todo lo que cocinaban los humanos estaba demasiado salado, la dueña de John sabía aprovechar el sabor natural de los alimentos. La señora que había preparado las albóndigas observaba con una sonrisa cómo Kuro y John comían uno junto al otro.

Una vez saciado, Kuro se tumbó a la sombra de la caseta.

—¿Sabes por qué comemos los animales? —dijo John al terminar, acostándose también con la cabeza apoyada en las patas delanteras.

—Supongo que porque tenemos hambre.

«¿Qué clase de pregunta es esa?», pensó Kuro.

—Pero ¿por qué tenemos hambre?

—Porque estamos vivos.

—He ahí.

John meneó la cola feliz.

—En un pasado muy lejano vivían unas criaturas que jamás comían.

—¿Vivían sin necesidad de esforzarse? ¡Eso es el paraíso!

—¿El paraíso? Tienes razón.

John se rio y siguió hablando de las criaturas expulsadas del paraíso:

—Un territorio donde no hace falta trabajar para alimentarse y

donde se puede vivir feliz y en paz, sin conflictos, para siempre: he ahí la definición de paraíso.

»En un pasado remoto existió, aunque por poco tiempo, tal era. Sus habitantes, sin embargo, no eran ni humanos, ni gatos, ni perros ni plantas. Unos seres con forma de hoja, ni animales ni vegetales, prosperaron hasta cubrir toda la faz de la Tierra.

»Aquellos seres terrestres pertenecían a la misma especie. Las criaturas con forma de hoja extraían energía descomponiendo sustancias que se hallaban en los océanos, de modo que no había una cadena trófica en la que unos comían y otros eran comidos.

—Entonces, ¿cómo pasaban el tiempo? —lo interrumpió Kuro.

—No hacían nada. Tan solo existían. Esa época feliz duró hasta cierto momento.

—¿Y qué fue de esos seres?

—Se extinguieron. Surgieron nuevas criaturas y ellos murieron al poco tiempo —contestó con serenidad John.

»Entonces apareció en la Tierra una cantidad demencial de especies, como si el planeta hubiese recapacitado. Estas lucharon por sobrevivir, pelearon y se devoraron las unas a las otras. Dos factores explican por qué el paraíso de las criaturas con forma de hoja no funcionó y triunfó el infierno de la carnicería de especies: la diversidad y la competitividad.

»En una situación rígida, sin diversidad, basta un motivo para extinguirse: sin competitividad entre especies no surgen seres mejores; es decir, adaptados al medio.

—Llegados a este punto, ya no sé qué quieres decirme.

Kuro dio un gran bostezo.

—En resumen, que los paraísos no duran demasiado.

—No sé, supongo que es lo que nos merecemos, ¿no?

—Exacto.

—¡Cuántas cosas sabes, John!

—Los seres vivos deberíamos conocer todo lo que ha ocurrido desde que existimos en la Tierra. El resto os habéis olvidado, pero yo me acuerdo. Eso es todo.

—¿Lo dices en serio?

A Kuro le gustaba charlar con John. El jefe de los gatos no tenía a nadie de su especie con quien hablar de tú a tú. El perro era el compañero de conversación ideal porque no estaba interesado en su territorio y sabía de todo un poco.

—Kuro, ¿te gustaría saber cuándo vas a morirte? —soltó de pronto John.

—No, no me interesa.

Estaba siendo sincero. A Kuro le interesaba, a lo sumo, saber qué iba a pasar al día siguiente, nada más.

—Me esperaba esa respuesta —dijo John contento.

—Los gatos podemos morirnos en cualquier momento. He visto más de una vez cómo a alguno lleno de energía le entraba diarrea una noche y a la mañana siguiente estaba muerto. U otros a los que atropellaron coches y acabaron hechos un guiñapo.

Para Kuro era de lo más normal que los gatos muriesen pronto.

—Es cierto que también hay gatos lesionados que no pueden alimentarse por sí mismos y andan por ahí tan campantes.

—¿Te refieres a Mimi? Esa gata es de lo que no hay.

John caviló un momento con los ojos cerrados y volvió a hablar:

—A mí ya no me queda mucho tiempo.

Lo dijo con el tono de quien revela un secreto importante. Kuro se quedó tan sorprendido que durante un rato se olvidó de cerrar el hocico.

—¿Se te ha desencajado la mandíbula?

—Sí, por culpa de tus bromas sin gracia.

—No es ninguna broma.

Su mirada era seria.

—Pues… menudo fastidio —contestó Kuro de corazón.

—Me alegra que me aprecies tanto.

—Voy a quedarme sin comida —bromeó el gato, y John se rio —. ¡Pero si estás como un roble!

—Los humanos tienen un miedo espantoso a morirse. —John cambió de tema—. Y no son los únicos: nosotros los perros y los gatos también.

—Los humanos son raros.

—He visto más de una vez cómo un anciano moría en esta casa.

—Has tenido una vida larga. —A Kuro se le ocurrió entonces una posibilidad—. ¿No me digas que te ha entrado pánico a morir?

—No, no es eso. Es casi lo mismo que quedarse dormido. Al fin y al cabo, es como si todas las noches practicáramos para el día que nos muramos. —Luego añadió con cierto reparo—: Pero… me preocupa «ella».

—¿Quién es ella?

John dirigió la mirada hacia la mujer que doblaba la colada en la estancia frente al jardín. Era su dueña. A pesar de la pose recta, sus canas llamaban la atención.

—Se llama Shino.

Así la presentó John. Cuando sus miradas se encontraron, Shino se levantó sonriendo.

—¿Es tu novia?

—¡Ja, ja, ja! Desgraciadamente no. Shino tiene marido. Aunque ahora no viven juntos.

Al acercarse Shino, Kuro mantuvo la distancia reculando poco a poco.

—La situación entre los dos debe de ser complicada.

Shino se llevó el plato vacío de delante de la caseta.

—¿No trabaja?

—Antes sí. Daba gusto verla con su traje impecable. Pero lo dejó.

—Hum.

A Kuro, al contrario que John, no le interesaba la vida de los humanos.

—¿Y vive sola en una casa tan grande?

—Sí. Antes vivía con una señora que no podía moverse. Shino cuidaba de ella.

—A los ancianos es mejor dejarlos.

—Si la dejaba a su aire, iba a morirse.

—No entiendo qué sentido tiene cuidar de alguien que no puede valerse por sí mismo —dijo Kuro, y bostezó.

—Shino sacrificó su vida cuidando de una anciana que se fue

muriendo lentamente.

Al oír aquello, Kuro tuvo la sensación de que al fin había entendido lo que John le había querido decir.

—Te gustan los rodeos, ¿eh? Es decir, que no quieres acabar como esa anciana, ¿verdad?

—Eso mismo.

Dicho lo cual, John cerró los ojos y se adormeció. Kuro lo imitó colocándose a su lado.

2

—La bañera está llena —anunció una voz electrónica después de que sonase una melodía.

—Ya voy —contestó Shino a la máquina, y se levantó de delante de la televisión.

Gracias a que la casa estaba adaptada y exenta de barreras, no había ni un solo escalón hasta el vestuario contiguo a la zona de baño. La bañera, sin embargo, estaba llena de barras de apoyo.

Se sentía más tranquila teniéndolas, aunque todavía no las necesitase.

Entró en el baño con la luz apagada y se sumergió despacio en el agua caliente.

Lo de no encender la luz era porque su suegra, cuando aún vivía con ella, le había soltado de malos modos que había que ahorrar electricidad. Ahora que lo pensaba, quizá fuese una reacción de defensa contra la intrusa que se había colado en su hogar. Como Shino también se había empecinado en esta idea, al final, bañarse a oscuras se había convertido en un hábito.

Aquella pequeña malicia de su suegra resultaba hasta tierna comparada con cómo empezó a portarse con ella una vez pasó a depender de sus cuidados.

Shino soltó un largo suspiro.

La luz de la luna entraba por la claraboya. Al coger agua en el hueco de las manos, la luna flotó en sus palmas. Se le escapó una sonrisa.

«Apenas gasto, porque sé disfrutar de cosas como esta».

Al salir de la bañera, se puso el pijama. Luego, en el tendedero, mientras tomaba el fresco bajo una tibia brisa nocturna, vio una estrella fugaz.

Tan pronto como intentó pedir un deseo, se dio cuenta de que no anhelaba nada.

Esa noche la luna estaba preciosa. Con el paso de las horas, disminuyeron los gritos de los jóvenes y el ruido de los coches que se cruzaban en la nacional, y la calma volvió a las calles.

Cuando Kuro llegó a la casa de John y Shino, una multitud de gatos se habían juntado ya en el jardín. Gatos libres de toda la ciudad. Kuro distinguió a Chobi entre la muchedumbre. Al ver que el jefe había llegado, los demás le mostraron sus respetos y le hicieron un hueco. Él se plantó delante de la caseta del perro.

Poco después, John salía parsimoniosamente del interior. De un lento vistazo observó a todos los gatos que se habían reunido allí.

—Ya falta poco. Esta noche voy a desaparecer —anunció John con aplomo.

Un rumor sordo se levantó entre los gatos que lo rodeaban y Kuro asintió con un gesto silencioso.

—Vamos a extrañarte, John —dijo Chobi apenado.

Los gatos fueron despidiéndose del perro uno por uno. Para los felinos de aquella ciudad, John representaba una enciclopedia viviente y un gran consejero. Los había ayudado a gestionar sus territorios y había logrado reducir las trifulcas estériles entre gatos.

John escuchaba en silencio y con los ojos humedecidos las palabras de despedida de sus amigos.

—Seguro que los gatos que no han podido acudir también estarán pensando en ti en sus lechos. ¡Gracias, John! —expresó Kuro por último en nombre de todos.

—Gracias a todos —agradeció conciso el perro, lleno de emoción. Luego se quitó hábilmente el collar con las patas delanteras.

—¡Qué mañoso eres, John! —exclamó sorprendido Chobi.

—Ya lleva tiempo roto.

El collar de cuero, acaramelado, estaba raído y brillaba.

John sacudió el cuerpo y echó a andar con paso firme bajo la luz de la luna.

—Oye, John, la verdad es que no da la impresión de que vayas a morir… —le dijo Chobi siguiéndolo.

—Es que no voy a morir. Voy a volverme eterno.

—¿Qué quieres decir con «eterno»?

Kuro se hacía la misma pregunta que Chobi.

—Si me muriese aquí mismo, Shino y vosotros sabríais que estoy muerto. Pero si ninguno me descubre, nadie sabrá realmente si he muerto o no.

—¿Y eso es ser eterno?

—Sí.

John se volvió hacia la casa. Había una sola ventana encendida. Allí estaba ella.

—De Shino me ocupo yo —dijo Kuro hinchiendo el pecho.

—Gracias, Kuro.

John echó a andar de nuevo.

El perro y los gatos caminaban juntos por las calles desiertas.

Los últimos calores del verano flotaban en la oscuridad de la noche, con aquel aire húmedo que parecía pegarse a la piel. A los gatos les resultaba muy agradable. Kuro recordó una historia que John le había contado: antaño, los ancestros de los gatos vivían en un país tropical. Por eso, en noches como esa, sentían una nostalgia difícil de describir.

Al cabo de unos minutos, los otros gatos se habían marchado de regreso a su territorio.

Al final, solo quedaron Kuro y Chobi acompañando a John.

El perro se detuvo.

—Ya que me habéis acompañado hasta el final, os contaré una

cosa.

—¿El qué? —preguntó intrigado Chobi.

—Un día he de regresar.

—¿De veras?

—Sí. Puede que tenga un aspecto diferente, pero vosotros me reconoceréis.

Chobi escuchaba las palabras de John con pena.

—Cuando regrese, cumpliré un deseo de cada uno de los dos —dijo John con semblante serio.

—¿Puedes hacer esas cosas? —Kuro puso un gesto de desconfianza.

—¡Vale! Mi deseo es que…

John interrumpió a Chobi.

—No hace falta decirlo en voz alta. Pídelo para tus adentros.

Chobi lo obedeció y cerró los ojos bajo el cielo estrellado.

«Tonterías», pensó Kuro. «Pero ¿y si fuese cierto?», se dijo mientras la figura de Shino le venía a la mente. «Quiero que ella sea feliz. Es lo mínimo que puedo desear, porque cuando John se marche, se pondrá triste».

John miró a la cara a ambos gatos, primero a uno y luego al otro, e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No olvidéis esos deseos. Si los pedís con todas vuestras fuerzas, algún día se cumplirán aunque yo no esté.

Kuro y Chobi se miraron a la cara y parpadearon.

«¿Estará tomándonos el pelo?».

John sacudió la cola feliz.

—¡Ya puedes marcharte! —gritó Kuro, y John echó a correr a una velocidad que no era normal para un perro anciano.

Al poco rato se oyeron a lo lejos los aullidos de John.

—¡Qué moribundo ni qué nada! ¡Ese viejo está en forma! —refunfuñó Kuro.

—Eh, Kuro —le dijo Chobi con pudor en el camino de regreso.

—¿Qué pasa?

—¿Qué deseo has pedido?

—Ninguno.

Era mentira.

—¿En serio?

—¿No me digas que te has creído esa broma?

—No era ninguna broma. John se pone serio cuando dice algo importante.

—¿Tú crees?

—Yo he pedido que mi novia sea feliz y… —empezó a contarle Chobi, pese a que nadie se lo había pedido.

—Esas cosas no se dicen en voz alta.

Daba un poco de vergüenza ajena. Aunque también envidia, por ser capaz de decir espontáneamente algo tan personal.

—Bueno, ¡nos vemos, Kuro!

Chobi echó a correr por las calles nocturnas. Seguramente regresaba a la casa de su novia.

Inmerso en sus pensamientos, Kuro observó cómo su amigo se marchaba.

«Así que de Shino me ocupo yo, ¿eh?».

Dicho así, en el calor del momento, estaba bien, pero suponía asumir una responsabilidad mayor de lo que parecía.

Kuro desanduvo poco a poco el camino bajo la luz de la luna. Decidió meterse en la caseta de John y esperar a que amaneciese.

Envuelto por el olor del perro, soñó con él.

Shino tuvo un sueño tan pueril que a ella misma le dio la risa.

Se subía a una estrella fugaz y viajaba por el mundo de los astros. El meteoro tenía, tal cual, forma de estrella. Ella volvía a ser joven, aunque llevaba la misma ropa que en el presente. Se sorprendió de lo ligera que se sentía.

De pronto, apareció alguien montado en otra estrella fugaz.

Era John y llevaba un casco redondo de cristal como el de los

astronautas.

—¡Hombre, John! —exclamó Shino.

—¡Hola, Shino!

John le contestó en japonés. A ella no le extrañó porque era un sueño.

—Pide un deseo. Es lo que hay que hacer con las estrellas fugaces —dijo John guiñándole el ojo.

—Bueno, entonces quiero ser más joven.

—¿No crees que ya eres suficientemente joven?

En efecto, en aquel sueño había vuelto a la juventud.

—¡Ah, tienes razón!

—Venga, pide otro.

Shino dijo lo primero que se le ocurrió:

—Prepárame el desayuno.

¡Qué feliz la haría despertarse por la mañana y tener el desayuno listo!

—Tus deseos son órdenes.

John se golpeó el pecho con la pata delantera.

En ese instante Shino abrió los ojos.

Se le había acelerado el pulso, seguramente por culpa de aquel sueño tan raro.

Por un instante se preguntó si el desayuno… Pero no, por supuesto que no estaba preparado.

—Normal.

A Shino le hizo gracia haberse hecho aquella ilusión y se rio.

Decidió aprovechar las sobras de la víspera para, en un pis pas, preparar su desayuno y el de John.

Kuro se despertó con el delicioso olor de la comida. Había dormido de un tirón, seguro que por haberse acostado tan tarde.

Al salir despacio de la caseta, su mirada se topó con la de Shino.

—¡Vaya!

La mujer puso unos ojos como platos.

—Shino, no sé cómo explicártelo pero… John partió de viaje anoche.

Kuro intentó hacérselo entender a su modo. Naturalmente, Shino no iba a comprenderlo, pero encontró el collar de John y debió de intuir algo.

—Ya que estás aquí, puedes comértelo.

Kuro se tomó todo el desayuno de John. De más joven, se había jurado que un día arramblaría con toda la comida del perro, pero aquella vez no le supo tan bien porque no había tenido que luchar para conseguirla.

—¿Quieres que te adopte?

Aunque le agradecía la oferta, Kuro decidió rechazarla.

—Soy un gato callejero. No pertenezco a nadie.

Era una cuestión de orgullo.

Tras rebañar el plato, Kuro dejó atrás la casa de Shino. «Soy el jefe de los gatos y tengo mucho que hacer».

Al día siguiente, decidió ir a ver a Shino por la mañana.

«Creo que soy demasiado bueno. Pero John me lo pidió, así que tengo que cumplir con mi palabra».

Al llegar a la casa, tenía lista la comida sin que él hubiese pedido nada, de modo que, agradecido, decidió tomársela. Estaba tan buena como siempre. El caldo de pescado y el plato de pollo sabían como a él le gustaba.

Devoró la comida y, al alzar la vista, vio a Shino de muy buen humor.

Si tenía que prepararle de comer todos los días, la mujer no se amargaría. Decidió, pues, ir a verla a diario.

Al cabo de un tiempo, empezó a darle pereza desplazarse y se quedó a dormir en la caseta de John. Shino intentó varias veces hacer que Kuro entrase en su casa, pero él se negaba. Tan pronto como pasara adentro, dejaría de ser un gato callejero. Aunque lo alimentase, su dormitorio era la caseta de John.

Pronto Kuro y Shino empezaron a charlar en el porche de la vieja casa, el uno sentado junto al otro.

Desde que John no estaba, ambos necesitaban a alguien con quien hablar.

Shino le acariciaba suavemente el lomo. La primera vez Kuro se sobresaltó, puesto que jamás había permitido que un humano le tocase ni un pelo, pero a fuerza de aguantarse y dejar que lo acariciara, se dio cuenta de lo placentero que podía ser.

Shino vivía sola en aquel caserón. No hablaba más que de muertos y de gente que no estaba allí.

Sucedió cuando yo aún era guapa y estaba llena de vitalidad.

El padre de mi marido, mi suegro, sufrió una embolia cerebral y se volvió dependiente.

Cuando mi suegra decidió cuidarlo en casa por pudor a lo que diría la gente, mi marido se mostró de acuerdo. Ninguno sabía lo duro que iba a ser y el hecho de haber invertido tanto dinero en reformar la casa impidió que pudieran echarse atrás.

Ese tipo de cuidados supone una carga tanto para la persona que los recibe como para la que los administra.

Mi suegro, un hombre orgulloso que había estado mucho tiempo mandando sobre los demás en una empresa, jamás llegó a aceptar su situación. En otra época fue una persona relevante, ahora sufría ataques de cólera al mínimo estrés. La cosa empezó por un «Ven rápido cuando te llame», luego pasó a quejarse por el continuo sube y baja de platos y cubiertos; se enfadaba, nos amenazaba, se comportaba de forma violenta y acabó padeciendo manía persecutoria.

No sé cómo mi suegra pudo soportarlo. Yo decidí dejar mi puesto en el departamento de ventas de una farmacéutica y ayudarla.

Mi superior entonces nos recomendó ingresar a mi suegro en una residencia y me dijo que no quería que me marchara, pero mi marido no quiso.

El último día en la empresa, mi jefe me dijo:

—Uno tiene que ser dueño de al menos una parte de su vida.

No fue hasta mucho más tarde que comprendí el sentido de aquellas palabras.

Cuidé de mi suegro mucho más tiempo del que me habría imaginado.

Cuando él falleció, mi suegra juntó las palmas de las manos y dijo: «Gracias».

Al poco tiempo, ella empezó a presentar síntomas de demencia.

En esa época mi marido apenas pasaba por casa, así que tenía que cuidarla sola. Mi suegra empezó a comportarse igual que mi suegro. Hacía las mismas cosas con el mismo despotismo que tanto había odiado en su marido. Yo tenía que soportar sola su estrés pero, aun así, no la dejé de lado y seguí cuidándola.

Ya tenía una edad en la que no podía reincorporarme a la vida laboral y, si la cuidaba, era también por apego a mi marido, que se veía con otra mujer.

Al final, solo quedamos en esta casa exenta de barreras mi agotamiento y yo.

Mi marido y yo no tuvimos hijos. En caso contrario, quizá la cosa habría sido distinta. Él trabajaba en los servicios sociales. Recorría medio país impartiendo charlas sobre geriatría y cuidados a personas de la tercera edad pese a no tener ni idea de lo que era estar en la línea de frente de su propia casa.

—Mi marido se marchó… y me dejó sola en esta casa vacía.

Shino sonrió triste.

—Vaya.

Para Kuro aquel era un mundo incomprensible.

—A veces me pregunto qué ha sido mi vida…

Shino le hizo cosquillas al gato debajo de la barbilla.

—Tú tienes suerte. Eres libre.

Kuro vivía a su aire. Por eso sabía bien que la libertad tenía un

precio.

—Dispones de un lugar donde dormir, calefacción y comida. No sé a qué te refieres con «vacía».

Al oírlo, Shino entornó los ojos y sonrió contenta.

—John ha desaparecido… pero me alegro de que estés aquí.

«Madre mía. ¡Qué mujer más zalamera! —Kuro se incorporó—. Tengo que enseñarle mi modo de vida».

—Sígueme.

Kuro salió a dar un paseo acompañado por Shino.

La vida de gato se aprende en la calle. Shino ya tenía una edad, pero nunca era demasiado tarde.

Kuro le enseñó pacientemente cómo vivían los gatos, del mismo modo que se educa a las crías que desconocen las reglas de urbanidad.

Primero estaba el agua potable. A veces el agua se podía beber y otras no. La de los charcos, al estar sucia, hacía que el vientre se descompusiera. La de las fuentes del parque parecía limpia a simple vista, pero también sentaba mal porque se trataba siempre de la misma agua corriente en bucle. La de las fuentes potables era segura. Lamer las gotas que caían de un grifo era una forma de calmar la sed.

A continuación decidió explicarle cómo cazar. Uno podía vivir en cualquier lado si sabía capturar presas. Además, era entretenido y refrescante. Insuflaría energía renovada a su vida.

—Espera aquí, Shino.

Kuro saltó a un herbazal delante de la mujer y regresó con un saltamontes en la boca. Le pareció que lo mejor era empezar por una presa como aquella.

Dejó caer el insecto delante de Shino.

—¡Hala! ¡Qué buen cazador!

Shino dejó escapar el saltamontes que Kuro se había molestado en traerle.

—¡Será posible! ¿De verdad quieres aprender? —le reprochó él.

Pero enseguida dejó de importarle porque ella le echó flores («Eres increíble») mientras le acariciaba el lomo.

«Bueno, da igual. Lo importante es que vaya aprendiendo poco a poco».

El paseo matinal se convirtió en una costumbre y un buen día…

Kuro encontró a una mujer que desprendía un olor familiar.

—¡Buenos días, Aoi!

Shino se dirigió a ella por el nombre de Aoi.

—¡Ah! Buenos días.

Era la dueña de *Cookie*, la mujer que recogió a la gatita cuando esta se perdió. Iba mucho mejor vestida que la última vez. Tenía mejor color y estaba más guapa.

—¿Vas a trabajar?

—Sí, empiezo hoy.

—¡Vaya! Pues mucho ánimo.

—Gracias. Ese gato… ¿es suyo? Es idéntico a uno que se pasa de vez en cuando por nuestra casa.

—Quizá sea el mismo. Ahora está viviendo de gorra en mi casa.

—¿De gorra? ¡Qué suertudo, ¿eh?! —dijo Aoi agachándose delante de Kuro y enseñándole las palmas.

Sin pensárselo, Kuro las husmeó por curiosidad. Era una trampa. Aoi lo agarró y, tras darle la vuelta, le acarició la barriga. Kuro se retorció intentando escapar, pero aquello le gustó tanto que pronto cejó en su empeño.

Aquella chica estaba acostumbrada a tratar con gatos… ¡Qué gusto!

—¿Qué tal está *Cookie*? —le preguntó Kuro, pero a Aoi le sonó como un balbuceo incomprensible.

—Yo también tengo una gata, aunque todavía es una cría… El otro día se escapó de casa y fue a ver a su madre.

—¡Uy, qué lista!

—¡Qué va! Fui yo el que acompañé a *Cookie*.

Por supuesto, las humanas no entendían el lenguaje de Kuro.

¡Bah, qué más daba!

Tras despedirse de Aoi, Shino y Kuro decidieron regresar a su hogar. Él quería dar otra vuelta por su territorio, pero Shino ya estaba cansada.

Una vez en casa, sintió una presencia en el jardín.

—¿Será… John? ¿Habrá vuelto?

Kuro se lanzó a correr. Echó un vistazo a la caseta, pero John no estaba allí.

Alguien se había tumbado en la galería exterior. No era el perro, sino un chico joven. Estaba pálido, vestía un traje raído y llevaba agarrada una bolsa de plástico de la tienda de veinticuatro horas.

Aunque no lo conocía, Kuro no sintió que fuese una amenaza, ya que notó en él un olor similar al de Shino.

—¿No me digas que eres Ryota? —le preguntó Shino, ante lo cual el chico tumbado abrió los ojos.

—¡Cuánto tiempo, tía! —contestó con los ojos entornados sin levantarse del suelo.

—Sí que hace tiempo, sí. ¿Qué te ha pasado?

—Tía, por favor. Si llaman, di que no estoy. Y te pido que no se lo cuentes a mi padre —le rogó apurado Ryota a Shino.

—No sé qué motivo hay, pero está bien.

Shino invitó amablemente a pasar a aquella visita inesperada.

3

El hecho de que tuviera aspiraciones no quiere decir que hubiese puesto las miras tan altas. Yo tan solo quería llevar una vida normal.

Si bien carecía de un talento especial, tampoco arrastraba ninguna carga. Mis notas quizá no fuesen demasiado buenas, pero tampoco tan malas como para temer un suspenso. Aunque nunca había hecho nada meritorio como para que me premiasen o se me alabase, tampoco ninguna maldad por la que mis padres me hubiesen pegado.

Cuando practicaba atletismo en secundaria me eligieron varias veces para el equipo, pero nunca conseguí una marca lo suficientemente buena como para ir al campeonato provincial. Tampoco padecí ninguna enfermedad o herida tan grave como para que me hospitalizasen, ni mis padres se habían divorciado, ni tenía ninguna deuda inasumible, ni ninguno de mis amigos se había suicidado.

Llevé una vida normal, aprobé el examen de acceso como todos los que me rodeaban y entré en una universidad local. Viví el día a día con normalidad y cuando me tocó buscar empleo, no lo encontré en ninguna parte. Por primera vez me di cuenta de que la sociedad no parecía necesitarme.

Desconocía cuál era el problema. Yo solo quería vivir como la gente que me rodeaba.

Me sentía como si me hubiesen quitado la escalerilla por la que subía y me hubiese quedado suspendido en el aire.

Parecía que lo que yo consideraba una vida normal solo se le

permitía a los triunfadores, a la gente con un talento enorme.

¿Quizá me había equivocado al pensar que haciendo lo mismo que los demás podría convertirme en alguien del montón? Algunos me dijeron que si era generacional, otros que si no sé qué de la crisis y que si los jóvenes deberíamos trabajar de lo que fuera. Era fácil culpar a la sociedad, pero eso no iba a resolver ningún problema.

Cuando me hallaba perdido sin saber qué hacer, mi padre me encontró un trabajo al que incorporarme en otoño. Buscaban a recién graduados con poca experiencia. Me sorprendí porque no sabía que mi padre tuviera contactos, pero, agradecido, me embarqué en el puesto.

Se trataba de una empresa de informática. Yo no tenía experiencia en el ámbito de la programación y la computación, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario.

En la fase de aprendizaje, sin embargo, en vez de enseñarnos a usar programas y ordenadores, lo primero que nos mandaron hacer fue cavar un hoyo enorme. Tuve que aunar fuerzas con el resto de recién graduados para cavar un agujero más hondo que nuestra estatura. Mientras horadábamos la tierra sin descanso, nos gritaban como locos. Me salieron ampollas en las manos y acabaron reventando, pero tuve que seguir cavando hasta que el hoyo estuvo finalizado.

Para cuando el jefe nos dio la enhorabuena, estábamos destrozados y se nos caían las lágrimas del esfuerzo. Nunca había tenido una sensación de logro mayor. Creí que la empresa me había aceptado. Ahora me doy cuenta de que formaba parte del procedimiento habitual.

A partir de entonces me volqué en el trabajo. El proyecto al que me asignaron tras una mínima fase de formación hacía aguas desde el principio. El agotamiento en el que caí fue peor que cuando cavé el hoyo.

En aquella empresa el vigor era más importante que la destreza. Hablando alto y claro, uno podía apañárselas allí aunque sus conocimientos técnicos no fuesen ninguna maravilla.

En vez de irme a casa, empecé a quedarme a dormir en un hotel

que había al lado de la empresa que era nuestro cliente y así seguí durante unos meses. Cierto día, ni siquiera pude volver al hotel. Quise prepararme unos fideos instantáneos que me había comprado, como de costumbre, en la sala de descanso de dicha empresa a la que me habían enviado temporalmente, cuando de pronto me di cuenta de que no sabía cómo hacerlos.

Ni siquiera yo lo entiendo.

El caso es que no sabía en qué orden abrir la sopa, los condimentos y todos aquellos sobrecillos, y de qué modo debía meterlos en el recipiente. Por más que leyese las instrucciones, no lograba entenderlo.

De repente sentí un escalofrío en la espalda.

Me estaba rompiendo. Dejé los fideos a medio hacer junto al hervidor de agua en la penumbra de la sala y salí por las escaleras de emergencia para que no me viese nadie.

El reloj de pulsera marcaba las seis, pero la vista se me había teñido de amarillo, seguramente porque llevaba demasiado tiempo delante del monitor. En el barrio de oficinas donde estaba la empresa apenas había viandantes, parecía que me hubiese perdido en otro universo.

Al llegar a la estación me di cuenta de que no eran las seis de la tarde, sino las seis de la mañana.

Entonces me subí al primer tren que vi, me acomodé en un asiento libre y me quedé dormido. Me había olvidado el móvil en alguna parte. Quizá lo había tirado inconscientemente.

Una turba de personas se subió al tren y me desperté. En ese momento me di cuenta de que si hacía transbordo allí mismo podía ir a casa de mi tía.

Hacía años que no la veía, pero siempre me había tratado con cariño. Me apetecía verla. Visitar a alguien que me aceptaba tal como era.

Ryota durmió toda la mañana y toda la tarde.

«Ni que fuera un gato», pensó Kuro.

—Es mi sobrino.

Así se lo presentó ella. Era, al parecer, el hijo de Tasuke, el hermano mayor de Shino.

A partir de ese día, empezó a cocinar para dos (sin contar lo de Kuro) y retuvo en casa a Ryota, que pretendía marcharse cuanto antes.

—Al haber entrado gracias a un contacto de mi padre, le he hecho quedar mal y ahora no puedo volver a casa.

Poco a poco, Ryota fue contándole todo lo que le había ocurrido y Shino se enfadó: «¡Cómo puede haber empresas así!». Lo que el chico relató sobrepasaba la imaginación de Kuro, pero aun así comprendió que había escapado de un lugar terrible.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Ryota se fue recuperando poco a poco. Shino estaba feliz, pero para Kuro era un incordio.

«Madre mía. Esto significa que ahora, en vez de una persona, tengo que encargarme de dos».

Cuando Ryota cometió la falta de delicadeza de dejarse los cordones desatados delante de él, Kuro le enseñó quién era el que mandaba allí y se los quitó sin piedad.

A Shino debía de encantarle cuidar de los demás, porque daba la impresión de que estaba más animada que antes.

A lo largo del verano, Ryota fue recobrando la salud hasta poder salir a pasear y ayudar en las tareas domésticas.

—Tienes suerte de ser libre.

El chico apareció de improviso, miró a Kuro, que estaba comiendo, y le sonrió.

—A mí me parece que los humanos sois mucho más libres.

Ellos, a diferencia de los gatos, podían comer cualquier cosa, ir adonde quisiesen.

Cada vez que Ryota trataba de congeniar con Kuro, este le soltaba un zarpazo, pero el chico no escarmentaba. Seguía agarrándolo e intentando acariciarlo.

Un día, mientras escapaba de los brazos de Ryota, como de costumbre, vio que llegaba Chobi.

—¡Con lo bien que sienta que te acaricie un humano! —le dijo su amigo.

—Pues que te acaricie a ti.

Aun así, Chobi no dejaba que lo tocase nadie salvo su dueña.

—Es un chico responsable —juzgó Chobi a Ryota.

Ese día, Shino le había mandado que arrancase las malas hierbas del jardín. Aquí y allá había pequeños montoncitos.

—Hasta el más tonto sirve para algo.

Kuro y Chobi observaban a Ryota pegados el uno al otro.

—Las personas demasiado responsables se acusan a sí mismas y sufren porque no son capaces de echarle la culpa al prójimo.

«Como gato, Chobi es un gallina, pero conoce muy bien a los humanos», pensó Kuro.

—La verdad es que el chico se esfuerza —dijo, y de pronto se dio cuenta de algo—. ¿Tu dueña también es así?

—Sí. Se parecen mucho —respondió Chobi un poco triste.

Shino sabía que enseñar a los demás era mucho más entretenido de lo que parecía. Hasta entonces no había tenido la oportunidad de hacerlo nunca, ni nadie se lo había pedido.

Le divertía ver cómo Ryota maduraba, aunque fuese haciendo una mera tarea del hogar. Quizá se habría sentido igual si hubiera tenido un hijo. Lo cierto era que hacía que su día a día fuese más

vivificante.

Ryota no sabía hacer prácticamente ninguna tarea. Shino lo instruyó con tesón en el arte de cocer arroz y limpiar cristales. Para ella, su sobrino era un alumno de provecho.

Pasados tres meses, ya no había reservas entre ellos y comenzaron a bromear.

Hacía mucho tiempo que Shino no recordaba lo divertido que era compartir mesa con alguien y hablar de las cosas banales del día a día.

Y al fin llegó el temido día.

El timbre sonó bien temprano. Pulsaron el botón varias veces de manera agresiva.

—¡Ryota! ¡Sé que estás ahí!

Era la voz de Tasuke, el hermano de Shino.

—Es mi padre…

Las manos de Ryota se detuvieron justo cuando preparaba el desayuno. Su rostro estaba lívido.

—Tranquilo.

Shino tomó aire y apagó el hornillo. Kuro, que también había entrado en la cocina y esperaba su desayuno, se incorporó. Los dos se miraron a la cara.

—Van a saber lo que es bueno —parecía decir el rostro de Kuro.

Había empezado la batalla.

Varias sombras se habían plantado al otro lado de la puerta de cristal.

Era ridículo que un adulto hecho y derecho quisiera intimidar a una anciana trayendo consigo a más gente.

Un fuego como hacía tiempo que no sentía se encendió dentro de Shino, un sentimiento que no experimentaba desde que su marido se marchó. Shino estaba enfadada. El gato levantó la cola como si la rabia de ella lo hubiese contagiado.

«¡Eso es, Kuro! Defendamos nuestro territorio».

—¡Sal, Ryota!

Tasuke golpeó la puerta fuera de sí. Shino la abrió sin dejarse amedrentar. El padre de Ryota había traído consigo a unos hombres vestidos de negro.

—¡Cuánto tiempo, Tasuke!

La voz de Shino era suave y calmada.

—Shino, ¿dónde está Ryota?

—Marchaos, por favor.

Tan pronto oyó la negativa de su hermana, a Tasuke le cambió la expresión de la cara.

—¡Que le digas a mi hijo que salga!

—Ya veo que tu falta de modales no ha cambiado.

—¡Ya basta, papá!

Apareció Ryota.

—Ya he conseguido que salgas: al menos no ha sido en vano…

Tasuke se creció al ver la cara de su hijo después de tanto tiempo.

—Ryota, ¿cómo te atreves a desacreditarme de esta manera?

Pese al ímpetu con el que había salido en un primer momento, al ver a su padre Ryota se achicó.

—¿Qué es más importante: tu honor o la vida de tu hijo? —Shino seguía conservando el sosiego.

—¡No seas exagerada!

Tasuke no disimuló su enfado.

—¿A quién llamas «exagerada»?

Shino soltó un soplido y miró a su hermano a los ojos.

—Marchaos —le pidió tajante.

En la mirada de Tasuke afloró la confusión. Había pasado mucho tiempo desde que Shino abandonó el hogar familiar. Ya no era la hermana frágil e indecisa que él conocía.

Uno de los hombres que lo acompañaban agarró a Shino del brazo.

«¡Ffff!».

Un bufido que parecía resonar desde el fondo de la tierra hizo vibrar el aire. Kuro los estaba amenazando. Fue un rugido salvaje sacado de las entrañas.

Inconscientemente, Tasuke y los hombres de negro retrocedieron.

—¡Me hacéis reír! —dijo Shino liberándose de la mano del hombre—. ¡Un hatajo de hombres adultos asustados por un gato!

A Tasuke se le notaba aturdido.

—¿Qué piensas hacer con mi hijo?

—Nada. Tan solo esperar.

Shino y Tasuke se miraron airadamente. Él fue el primero en apartar la vista.

—Volveré.

—Pues la próxima vez avisa antes —le soltó Shino a su hermano mientras este se marchaba.

Una vez Tasuke y los hombres que lo acompañaban se fueron, Ryota miró hacia Shino y agachó la cabeza.

—Tía, yo… Gracias… —dijo embargado por la emoción.

Kuro le arreó un zarpazo con fuerza.

«Compórtate», parecía quererle decir.

—Venga, a desayunar. —Shino procuró sonar lo más alegre posible y aflojó los puños. Tenía las manos blancas de tanto apretarlas.

4

Pasó la estación y llegó el invierno.

Kuro se despertó antes de lo habitual. Pisó el vientre de Shino, que seguía durmiendo, y se dirigió al baño. Ella soltó un gemido.

La claridad tenue de antes del amanecer era ideal para salir a cazar, pero con el frío que hacía no se le antojaba.

«El cuarto de baño donde está mi arenero está helado, pero nada que ver con el frío que hace fuera —pensó y, a continuación, sacudió la cabeza—. ¡No puede ser! Empiezo a pensar como un gato doméstico. Lo de dormir con manta solo será durante el invierno…».

Mientras duraron los rigores invernales, Kuro se alojó en casa de Shino. Tener a dos ocupantes en casa suponía para ella cierto ajetreo.

Al principio Kuro se escapaba por toda la casa porque Shino quería lavarlo. Al final la mujer lo atacó vilmente aprovechando que estaba en el primer sueño y lo obligó a meterse en el agua. Una vez acostumbrado, se dio cuenta de que sumergirse en agua caliente era un hábito placentero. Sería una lástima dejar que solo los humanos disfrutasen de él.

El gato hizo sus necesidades y luego las cubrió con la arena blanca usando las patas traseras. Aquella forma de aliviarse también era bastante satisfactoria.

Una luz salía de la cocina. Últimamente, era Ryota el que se encargaba de preparar el desayuno. En un primer momento todo lo que hacía estaba salado y era repugnante; ahora por lo menos

resultaba comestible.

Shino decía que no había cosa que la hiciese más feliz que quedar liberada desde primera hora de la mañana.

Cuando el gato se dispuso a volver a su lecho, de pronto notó una presencia familiar.

No era la primera vez que la sentía.

—John… —pronunció tras mucho tiempo. Por cruel que parezca, últimamente casi se había olvidado de él—. ¡John! —Maulló entonces en alto.

Acto seguido, salió por la gatera. Echó a corretear sin miedo hacia el lacerante frío matutino.

Las nubes estaban bajas. Del fondo de estas caían revoloteando copos blancos.

Era nieve.

Si mal no recordaba, a John le gustaba la nieve.

—¡John! ¿Estás ahí? —Kuro dio vueltas por el jardín llamándolo.

—¿Qué te pasa, Kuro? ¡Menudo frío hace!

Ryota salió de la cocina con el mandil puesto.

—¡Fíjate, Ryota!

El gato miró al cielo.

—¡Oh! ¿Está nevando?

El chico también alzó la vista.

—Tal como está el día, puede que haya regresado.

Kuro echó a correr.

—¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Si aún no has comido!

El gato corrió con todas sus fuerzas en medio de aquel aire gélido. Caían gruesos copos de nieve.

—¡Espera, Kuro!

Supo que Ryota lo perseguía por el ruido exagerado de sus pasos.

—¡Ven, Ryota! Puede que te cumpla un deseo.

Kuro seguía corriendo a ciegas sin preocuparse de en qué territorio estaba. Subió una cuesta y saltó del guardarraíl a un muro. Desde allí pegó un brinco hasta una máquina expendedora y de ahí a otro muro. Siempre hacia arriba, hacia lugares altos. Daba igual de

quién fuese el territorio.

De pronto tuvo la sensación de que John lo estaba llamando.

Un golpe de viento desplazó la nieve contra él.

Kuro corría pisando el asfalto con sus cuatro patas.

—¡John!

Era la voz de otro gato que subía la cuesta: Chobi.

—¡Chobi!

Chobi y Kuro corrieron uno junto al otro. Los trenes matinales ya se habían puesto en marcha. Se oyó el estruendo que hacían al cruzar el paso elevado.

Animados por aquel sonido, los dos gatos siguieron corriendo en dirección a lo alto de la cuesta.

Vieron el edificio de madera donde vivía Mimi. El piso de Reina tenía la luz encendida. A lo mejor, había estado pintando toda la noche.

Corrieron persiguiendo la nieve. El camino se transformó en una bajada. Atajaron por el medio de un santuario sintoísta y atravesaron una calle a lo largo de la cual se extendía una urbanización. Siempre siempre hacia delante.

Al pasar junto a la casa de *Cookie* y Aoi, vieron que el buzón de correos era nuevo. Tenía pintado un gato con unas manchas similares a las del mármol. Se parecía a *Cookie*.

—¡Es un retrato de *Cookie*! —exclamó Chobi. No hacía falta que lo jurase.

Ambos gatos siguieron corriendo. La presencia de John estaba cada vez más cerca. Aparecieron entonces unas empinadas escaleras instaladas en una pequeña loma.

—¿Aún vais a subir por ahí? —Oyeron que decía detrás de ellos Ryota en un tono lamentable.

—¡John! —gritó Kuro.

—¡Ya casi hemos llegado!

Chobi también lo percibía. Subieron las escaleras de un tirón y por fin llegaron al punto más alto de la ciudad: un pequeño banco en un parquecillo en la cima de la loma.

Los copos no dejaban de crecer, cada vez más grandes.

Avistaron un tren pasando por la vía.

—Va a cuajar…

—Eso parece.

Chobi y Kuro, uno al lado del otro, observaron un rato el tren. Abajo se extendía la ciudad, a punto de despertarse de su letargo. La ciudad empezaba a latir.

Ryota les dio alcance resollando y subiendo y bajando los hombros.

—Kuro… ¿adónde vas?

Respiraba entrecortadamente. ¡Con lo joven que era!

Chobi miró justo hacia el lado opuesto donde se encontraba el chico. Se oyeron los pasos de una mujer.

—¡Chobi!

Apareció una chica con el pelo corto y un abrigo grueso. A Kuro su figura abultada le recordó a la de un gato grande.

—Es mi novia —dijo orgulloso Chobi.

La chica miró a Ryota y puso un gesto de sorpresa. No debía de esperar encontrarse con más personas.

—¡Ah! Soy la dueña de este gato…

Ryota también titubeó.

—Mi dueña es Shino y yo soy su gato. No tengo nada que ver con este sujeto —se quejó Kuro, pero Ryota no le hizo ni caso. No le quitaba ojo a la dueña de Chobi.

Ella tendió las manos hacia Chobi. El gato saltó a su regazo, como si ya estuviese acostumbrado.

—Chobi ha echado a correr y me ha dado un susto.

—Lo mismo me ha pasado con Kuro… ¡Ja, ja, ja!

A Ryota le entró una risa boba.

Los dos se quedaron mirándose.

—Es la primera nevada del invierno, ¿verdad? —dijo por fin ella, y Ryota le contestó con aire feliz.

Cuando se dieron cuenta, la presencia de John se había esfumado.

Kuro se estremeció.

—Kuro, puede que mi deseo se haya cumplido.

—¿Cuál era?

Chobi alzó la mirada hacia su dueña, cuyo rostro parecía resplandecer. Aquella expresión recordaba en cierta medida a la que tenía últimamente Shino.

Kuro también cayó por fin en la cuenta.

«¡Claro! El mío ya hace tiempo que se ha cumplido».

A la vez, se dio cuenta de que ya nunca volvería a ver a John.

«Gracias, amigo», susurró mirando más allá de las nubes cargadas de nieve.

Epílogo

Al terminar aquel larguísimo invierno, llegó la estación de los cerezos.

Ese día me llevé a Chobi en el transportín y paseamos bajo una hilera de árboles a la orilla del río. Los pétalos rosados inundaban el ambiente.

Aquellos pétalos de cerezo que revoloteaban por doquier nos mostraban en todo momento las corrientes invisibles del aire.

—Los sentimientos de la gente son invisibles y no hay nada que puedas hacer —me dijo una vez la persona que caminaba a mi lado.

Esa frase bastó para hacerme sentir un gran alivio.

Hasta entonces estaba convencida de que la culpa de no entender los sentimientos de los demás era mía. Hería a los que me rodeaban porque era incapaz de ver lo mismo que ellos.

Ni siquiera entendía mis verdaderos sentimientos. Haber fingido no darme cuenta cuando en realidad sí lo había hecho era, al final, imaginaciones mías.

Eso me lo ha enseñado alguien. Alguien a quien he conocido gracias a Chobi.

La brisa que soplaba de frente nos trajo pétalos de cerezo.

—¡Qué bonito! ¿Eh, Chobi?

Él me devolvió un maullido desde dentro del transportín.

Tras encontrarnos aquella mañana nevada en el parque, empezamos a quedar y hablar de vez en cuando.

Mi intención era irnos conociendo sin prisas el uno al otro.

Aquel día lluvioso yo, en mi soberbia, creí haber salvado a

Chobi.

En realidad, fue él el que me salvó a mí.

—¡Eeeh, Mimi, baja de ahíií!

Masato se dirigió a la gata, que lo amenazaba desde lo alto de la estantería.

La pata ya se le había curado y ahora correteaba por todas partes.

—En vez de jugar, termina de preparar la maleta de una vez —le dije mientras envolvía la vajilla en papel de periódico.

—Oye, Reina, un poco de respeto, que voy un curso por delante… —contestó Masato empezando a atar las revistas con un cordel.

Yo, aunque con un año de retraso, por fin había aprobado el examen e iba a empezar el curso en la misma facultad de Bellas Artes que él.

Iria desde la casa de mis padres, así que tocaba despedirse de aquel piso.

—¡Vaya, conque lees este tipo de mangas! No me lo esperaba de ti —dijo Masato atando una revista mensual que publicaba historias cortas de cuatro viñetas.

—Ahí publica una amiga mía.

—¿Tienes una amiga que se dedica profesionalmente al manga? ¡Qué pasada!

Era Aoi, la dueña de *Cookie*. Hacía poco, aparte de su trabajo, había empezado a publicar una obra en esa revista. Desde que vino con *Cookie* a ver a Mimi, nos habíamos hecho amigas. De vez en cuando se pasaban las dos de visita. La gata ya había cumplido un año y estaba hecha toda una señorita.

Una brisa entró por la ventana abierta de par en par, haciendo que se colasen delicadamente pétalos de cerezo.

De repente me puse sentimental.

«Estoy a punto de embarcarme en un mundo nuevo».

Yo estaba a su lado, observando el azul oscuro del firmamento desde su piso.

Vibró el viento y las delgadas nubes corrieron a toda velocidad.

Sus finos dedos me tocaron el pelaje.

—Eh, Chobi… —me dijo ella.

—¿Qué? —le contesté.

No abrió la boca, pero yo sabía en qué pensaba.

Ambos sentíamos lo mismo.

«Me gusta este mundo», me dije convencido.

Ella se rio en silencio. Yo alcé la vista hacia aquella sonrisa radiante.

Ella también captaba mis pensamientos.

Y es que a ella seguramente también le gustaba este mundo.

MARIA CLIMENT (Amposta, 1985) es licenciada en Traducción e Interpretación y también ha estudiado guionismo.

MAKOTO SHINKAI (9 de febrero de 1973, Japón). Nacido bajo el nombre de Makoto Niitsu, es un reconocido director de cine, escritor, productor, animador, dibujante y actor de voz japonés. Es reconocido por dirigir *Kimi no Na wa*, la tercera película de anime más taquillera de todos los tiempos.

Notas

[1] El *niboshi* consiste en alevines de sardina, u otros peces, cocidos y desecados, y se usa para preparar el caldo base de la sopa de miso. El *katsuobushi* son copos de bonito seco y ahumado. (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] Nombre de la semana entre finales de abril y principios de mayo en la que coinciden varios festivos y se suele hacer puente. <<

[3] Fideos largos de harina de trigo. <<

[4] Verso de la composición «Kokubetsu». [La despedida], del poemario *Ham to shura*, del escritor de cuentos infantiles y poeta Kenji Miyawaza (1896-1933). <<

[5] Es el canto de la *Taima japonensis*, una especie de cigarra conocida en japonés como *higurashi*. <<

[6] Bol de arroz con trozos de carne, cebolla y otros ingredientes. Se lee «guiudon». <<

[7] «Kuro» se pronuncia igual que el nombre del color negro. <<

[8] Mueble semejante a una mesa camilla muy baja con un brasero (hoy en día suele ser eléctrico). <<